JUVENTUDES COMANDANTES

TERESA DE LA PARRA

LA SEÑORITA GRANO DE POLVO

(Selección de textos)

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

Ayacucho

Las palabras del Comandante Chávez "Hoy tenemos Patria" nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra conciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprender-nos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del nosotros histórico, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

¡Vivan los poderes creadores del Pueblo!

¡Chávez Vive!

TERESA DE LA PARRA

LA SEÑORITA GRANO DE POLVO

(Selección de textos)

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2015

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

@perroyranalibro
Editorial Perro Rana
Editorial el perro y la rana
perroyranalibro
Editorial El perro y la rana

Edición
Yanuva León
Corrección:
Yanuva León y Yessica La Cruz
Ilustraciones y diagramación
Henry Rojas
Portada
Arturo Mariño

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lfi 40220158003323
ISBN: 978-980-14-3107-7

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

PuebloVictorioso

TERESA DE LA PARRA
LA SEÑORITA GRANO DE POLVO

TERESA DE LA PARRA
(PARÍS, 1889 - MADRID, 1936)

Narradora venezolana, considerada una de las escritoras más destacadas de su época y aun de la actualidad. Dos de sus obras la inmortalizaron en toda América y diversos países del mundo, sobre todo de Europa, estas son: *Ifigenia* y *Memorias de Mamá Blanca*. A pesar de que algunos lectores críticos le señalan el zumo aristócrata que proyectan sus textos (característica que más bien destaca la honestidad de la autora para con su origen y entorno), son más los que saben ponderar la destreza narrativa de una voz a contracorriente, la agudeza con que describió la recalcitrante tradición de una clase social entregada a las modas y apariencias y para la cual la mujer se debía por completo a normas que la anulaban intelectual y políticamente. Teresa de la Parra escribió, además de las dos novelas mencionadas: cuentos, epístolas, diarios y ensayos.

PRESENTACIÓN

La obra de Teresa de la Parra leída hoy, a 126 años de su nacimiento, permite entender la Caracas acomodada de principios de siglo xx. No podrá decirse que la escritora de *Ifigenia* se haya interesado en bosquejar la compleja realidad de aquella Venezuela, en manos de uno de los dictadores más tristemente célebres de América Latina, ni siquiera que se haya escapado en alguna de sus reflexiones y disertaciones la preocupación por el devenir de un país modelado a palos y en cuyo cuerpo habían emergido ya las bases de un Estado rentista que propiciaba el abandono del campo y el asentamiento improvisado de miles de pobres en las ciudades, sobre todo petroleras.

Sin embargo esta ausencia, tan cuestionada por algunos lectores, es, al parecer de muchos otros, muy bien compensada por su evidente recelo ante el rol asignado a la mujer de su entorno social: y vale esta especificación, pues se hace insoslayable el hecho de que no llega a trascender el malestar de la escritora hasta el punto de controvertir respecto al destino de las mujeres de las clases oprimidas. Teresa de la Parra circunscribe su escritura con estricto rigor a sus particulares experiencias y muy individuales añoranzas. Incluso cuando se aventura a discurrir sobre la "influencia de las mujeres en la formación del alma americana", en una conferencia que ofreciera en Cuba y Colombia, lo hace desde una perspectiva bastante conservadora (aun para su tiempo). Es por momentos que hierven sus ideas revolucionarias, como tímidas burbujas.

La vida de esta caraqueña -descendiente del mantuanaje criollo, que más de una vez trepa con gracia por las ramas de su frondoso árbol genealógico y alcanza antepasados que lucharon en la guerra de independencia- se desplegó en gran parte viajando con holgura por diversos países de Europa; tan es así que su nacimiento y su muerte fueron en París y Madrid, respectivamente. Por tanto, es justo destacar la honestidad de su prosa, que haya hecho de su privilegio una herramienta para decir, y decir bien, que haya dudado de la legitimidad de ciertas convenciones indiscutibles para una mujer, que se haya entregado a la escritura y quizá con mucha más pasión a la lectura.

Tanto en su obra narrativa como en sus diarios y cartas brilla un perfecto dominio del lenguaje y sobre todo una destreza para hilar el discurso entre descripciones, metáforas y comparaciones de elocuente construcción. La presente selección se armó como muestra de la interesante producción de la escritora; ofrece tres cuentos, parte de dos de sus diarios y algunas cartas. No se tomaron fragmentos ni de *Ifigenia* ni de *Memorias de Mamá Blanca*, por cuanto son ambas novelas sus obras más reconocidas y difundidas; era preciso aprovechar la oportunidad que significa la presente publicación para iluminar algunos escritos ensombrecidos por la indiferencia de editoriales y academias. Bastará esta brevísima compilación para lograr dos claros propósitos: que quienes no hayan leído nunca a Teresa de la Parra puedan acercarse a ella por una esquina poco frecuentada y que quienes ya la hayan leído quizá se sorprendan gratamente con textos que desconocían.

Esta iniciativa se enmarca en el plan nacional "Pueblo que lee no come cuento", desplegado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de las diversas instituciones abocadas a la producción, distribución y promoción del libro. El objetivo es que nuestros autores y autoras (su vida y su obra) sean acogidos por el pueblo venezolano, un pueblo que para lograr la "verdadera independencia" y para alcanzar "la mayor suma de felicidad posible" debe hacerse indefectiblemente un pueblo lector, capaz de lecturas críticas no solo de libros sino de la realidad que lo circunda cerca y lejos.

CUENTOS

HISTORIA DE LA SEÑORITA GRANO DE POLVO, BAILARINA DEL SOL

Era una mañana a fines del mes de abril. El buen tiempo en delirio, contrastaba irónicamente con un pobre trabajo de escribanillo que tenía yo entre manos aquel día. De pronto como levantara la cabeza vi a Jimmy, mi muñeco de fieltro, que se balanceaba sentado frente a mí, apoyando la espalda en la columna de la lámpara. La pantalla parecía servirle de parasol. No me veía y su mirada, una mirada que yo no le conocía estaba fija con extraña atención en un rayo de sol que atravesaba la pieza.

—¿Qué tienes, querido Jimmy? –le pregunté– ¿En qué piensas?

—En el pasado –me respondió simplemente sin mirarme– y volvió a sumirse en su contemplación.

Y como temiese haberme herido por la brusquedad de la respuesta:

—No tengo motivos para esconderte nada –replicó–. Pero por otro lado, nada puedes hacer ¡ay! por mí –y suspiró en forma que me destrozó el corazón.

Tomó cierto tiempo. Dio media vuelta a las dos arandelas de fieltro blanco que rodean sus pupilas negras y que son el alma de su expresión. Pasó esta al punto de la atención íntima, al ensueño melancólico. Y me habló así:

—Sí, pienso en el pasado. Pienso siempre en el pasado. Pero hoy especialmente, esta primavera tibia e insinuante reanima mi recuerdo. En cuanto al rayo de sol quien, clava a tus pies, fíjate bien, la alfombra que transfigura, este rayo de sol se parece tanto a aquel otro en el cual encontré por primera vez a... ¡Ah! siento que necesitarás suplir con tu complacencia la pobreza de mis palabras! Imagínate la criatura más rubia, más argentina, más locamente etérea que haya nunca danzado por sobre las miserias de la vida. Apareció y mi ensueño se armonizó al instante con su presencia milagrosa. ¡Qué encanto! Bajaba por el rayo de sol, hollando con su presencia deslumbrante aquel camino de claridad que acababa de recordármela. Suspiros imperceptibles a nuestro burdo tacto animaban a su alrededor un pueblo de seres semejantes a ella, pero sin su gracia soberana ni su atractivo fulminante. Retozaba ella con todos un instante, se enlazaba en sus corros, se escapaba hábil por un intersticio, evitaba de un brinco el torpe abrazo del monstruo-mosquito ebrio y pesado como una fiera... mientras que un balanceo insensible y dulce la iba atrayendo hacia mí. Dios mío ¡qué linda era! Como rostro no tenía ninguno propiamente hablando. Te diré

que en realidad no poseía una forma precisa. Pero tomaba del sol con vertiginosa rapidez todos los rostros que yo hubiese podido soñar y que eran precisamente los mismos con que soñaba cuando pensaba en el amor. Su sonrisa en vez de limitarse a los pliegues de la boca se extendía por sobre todos sus movimientos. Así, aparecía, tan pronto rubia como el reflejo de un cobre, tan pronto pálida y gris como la luz del crepúsculo, ya oscura y misteriosa como la noche. Era a la vez suave como el terciopelo, loca como la arena en el viento, pérfida como el ápice de espuma al borde de una ola que se rompe. Era mil y mil cosas más rápido que mis palabras que no lograban seguir sus metamorfosis. Quedé larguísimo rato mirándola invadido por una especie de estupor sagrado... De pronto se me escapó un grito... La bailarina etérea iba a tocar el suelo. Todo mi ser protestó ante la ignominia de semejante encuentro, y me precipité. Mi movimiento brusco produjo extrema perturbación en el mundo del rayo de sol y muchos de los geniecillos se lanzaron, creo que por temor hacia las alturas. Pero mis ojos no perdían de vista a mi amada. Inmóvil, conteniendo la respiración, la espiaba con la mano extendida. ¡Ah divina alegría! La mayor y la última ya de mi vida. En esa mano extendida había ella caído. Renuncio a detallarte mi estado de espíritu. El corazón me latía en forma tan acelerada que en mi mano temblorosa, mi dueña bailaba todavía. Era un vals lento y cadencioso de una coquetería infinita.

—Señorita Grano de Polvo... –le dije.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Por intuición –le contesté–, el... en fin... el amor.

—El amor, exclamó ella. ¡Ah! –y volvió a bailar, pero de un modo impertinente. Me pareció que se reía.

—No te rías –le reproché–, te quiero de veras. Es muy serio.

—Pero yo no tengo nada de seria –replicó–. Soy la Señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol. Sé demasiado que mi alcurnia no es de las más brillantes. Nací en una grieta del piso y nunca he vuelto a mi madre. Cuando me dicen que es una modesta suela de zapato, tengo que creerlo, pero nada me importa puesto que soy ahora la bailarina del Sol. No puedes quererme. Si me quieres, querrás también llevarme contigo y entonces ¿qué sería de mí? Prueba, quita tu mano un instante y ponla fuera del rayo.

Le obedecí. Cuál no fue mi decepción cuando en mi mano, reintegrada a la penumbra, contemplé una cosita lamentable e informe, de un gris dudoso, toda ella inerte y achatada. ¡Tenía ganas de llorar!

—¡Ya ves! –dijo ella–. Está ya hecha la experiencia. Solo vivo para mi arte. Vuelve a ponerme pronto en el rayo de sol.

Obedecí. Agradecida bailó de nuevo un instante en mi mano.

—¿De qué cosa es tu mano?

—Es de fieltro –contesté ingenuamente.

—¡Es carrasposa! –exclamó–. Cuánto más prefiero mi camino aéreo –y trató de volar.

Yo no sé qué me invadió. Furioso, por el insulto, pero además por el temor de perder a mi conquista, jugué mi vida entera en una decisión audaz.

"Será opaca, pero será mía", pensé. La cogí y la encerré dentro de mi cartera que coloqué sobre mi corazón.

Aquí está desde hace un año. Pero la alegría ha huido de mí. Esta hada que escondo, no me atrevo ya a mirarla tan distinta la sé, de aquella visión que despertó mi amor. Y sin embargo prefiero retenerla así que perderla de un todo al devolverle su libertad.

—¿De modo que la tienes todavía en tu cartera? –le pregunté picado de curiosidad.

—Sí. ¿Quieres verla?

Sin esperar mi respuesta y porque no podía aguantar más su propio deseo, abrió la cartera y sacó lo que se llamaba: "la momia de la Señorita Grano de Polvo". Hice como si la viera, pero solo por amabilidad, pues en el fondo no veía absolutamente nada. Hubo entre Jimmy y yo un momento de silencio penoso.

—Si quieres un consejo –le dije al fin– te doy este: dale la libertad a tu amiga. Aprovecha ese rayo de sol. Aunque no dure más que dos horas serán dos horas de éxtasis. Eso vale más que continuar el martirio en que vives.

—¿Lo crees de veras? –interrogó él mirándome con ansiedad–. Dos horas. ¡Ah, qué tentaciones siento. Sí, acabemos: sea!

Así diciendo, sacó de su cartera a la Señorita Grano de Polvo y la volvió a colocar en el rayo. Fue una resurrección maravillosa. Saliendo de su misterioso letargo la bailarinita se lanzó loca, imponderable y como espiritual, idéntica a la descripción entusiasta que me había hecho Jimmy. Comprendí al punto su pasión. Había que verlo a él inmóvil, bocabierto, ebrio de belleza. La voluptuosidad amarga del sacrificio se unía a la alegría purísima de la contemplación. Y a decir

verdad, su rostro me parecía más bello que la danza del hada, puesto que estaba iluminado de una nobleza moral extraña a la falaz bailarina.

De pronto, juntos, exhalamos un grito. Un insecto enorme y estúpido, insecto grande como la cabeza de un alfiler, al bostezar acababa de tragarse a la Señorita Grano de Polvo. ¿Qué más decir ahora?

El pobre Jimmy con los ojos fijos consideraba la extensión de su deleite. Nos quedamos largo rato silenciosos, incapaces de hallar nada que pudiese expresar, yo mi remordimiento y él su desesperación. No tuvo ni para mí, ni para la fatalidad siquiera una palabra de reproche, pero vi muy bien cómo bajo el pretexto de levantar la arandela de fieltro que gradúa la expresión de sus pupilas, se enjugó furtivamente una lágrima.

EL GENIO DEL PESACARTAS

Era una vez un gnomo sumamente listo e ingenioso: todo él de alambre, paño y piel de guante. Su cuerpo recordaba una papa, su cabeza una trufa blanca y sus pies a dos cucharitas. Con un pedazo de alambre de sombrero se hizo un par de brazos y un par de piernas. Las manos enguantadas con gamuza color crema no dejaban de prestarle cierta elegancia británica, desmentida quizás por el sombrero que era de pimiento rojo. En cuanto a los ojos, particularidad misteriosa, miraban obstinadamente hacia la derecha, cosa que le prestaba un aire bizco sumamente extravagante.

Lo envanecía mucho su origen irlandés, tierra clásica de hadas, sílfides y pigmeos, pero por nada en el mundo hubiera confesado que allá en su país había modestamente formado parte de una compañía de menestriles o cantores ambulantes: semejante detalle no tenía por qué interesar a nadie.

Después de sabe Dios qué viajes y aventuras extraordinarias había llegado a obtener uno de los más altos puestos a que pueda aspirar un gnomo de cuero. Era el genio de un pesacartas sobre el escritorio de un poeta. Entiéndase por ello que instalado en la plataforma de la máquina brillante se balanceaba el día entero sonriendo con malicia. En los primeros tiempos había sin duda comprendido el honor que se le hacía al darle aquel puesto de confianza. Pero a fuerza de escuchar al poeta, su dueño, que decía a cada rato: "¡Cuidado!, que nadie lo toque, que no le pasen el plumero. Miren qué gracioso es... ¡Es él quien dirige el vaivén de billetes y cartas!..." había acabado por ponerse tan pretencioso que perdió por completo el sentido de su importancia real –y esto al punto de que cuando lo quitaban un instante de su sitio para pesar las cartas, le daban verdaderos ataques de rabia y gritaba que nadie tenía derecho de molestarlo, que él estaba en su casa, que haría duplicar la tarifa y demás maldades delirantes.

Pasaba pues los días, sentado en el pesacartas como un príncipe merovingio en su pavés. Desde allá arriba contemplaba con desdén todo el mundo diminuto del escritorio: un reloj de oro, un cascarón de nuez, un ramo de flores, una lámpara, un tintero, un centímetro, un grupo de barras de lacre de vivos colores, alineados muy respetuosamente alrededor del sello de cristal.

—Sí –decíales desde arriba–, yo soy el genio del pesacartas y todos ustedes son mis humildes súbditos. El cascarón de nuez es mi barco para cuando yo quiera regresar a Irlanda; el reloj está ahí para indicar la hora en que me dignaré dormir; el ramo de flores es mi jardín; la lámpara me alumbra si deseo velar; el centímetro es para anotar los progresos de mi crecimiento (mido ciento setenta milímetros desde que me vino la idea de usar calzado medioeval). No sé todavía qué haré con los lacres. En cuanto al tintero está ahí, no cabe duda, para cuando yo quiera divertirme echando redondeles de saliva.

Y diciendo así comenzaba a escupir dentro del tintero con una desvergüenza sin nombre.

—Eres un gran mal educado, protestaba el tintero. Si pudiera subir hasta allá, te haría una buena mancha en la mejilla y te escribiría en las espaldas con letras muy grandes: "Gnomo malvado".

—Sí, pero como eres más pesado que el plomo con tu agua asquerosa de cloaca, no puedes hacerme nada. Si me inclino sobre ti, quieras que no, tendrás que reflejar mi imagen.

Y su rostro en efecto aparecía en el fondo del brocal de cobre negro y brillante como el de un diablillo burlón.

Cuando su dueño se sentaba al escritorio, el gnomo tomaba un aire hipócrita y sonreía como diciendo: "Todo marcha bien. Puedes escribir lindísimas páginas, yo estoy aquí".

Entonces el poeta, que era de natural bondadoso y que se engañaba fácilmente, miraba al genio con complacencia y colocando una barrita de incienso verde en el pebetero, la ponía a arder. El humo subía en finas volutas hacia el gnomo y le cubría la cabeza con su dulce caricia azulada. El diminuto personaje respiraba el perfume con alegría y se estremecía de tal modo que la balanza marcaba quince gramos, en lugar de diez que era su peso normal, por lo cual deducía que el incienso era el único alimento digno de él, puesto que era el único que le aprovechaba.

Una noche en que dormía profundamente lo despertó una música muy suave. Eran dos pobres menestriles vestidos más o menos como él y del mismo tamaño que venían a darle una serenata: uno tocaba la guitarra cantando con expresión apasionada; el otro lo acompañaba tarareando con las dos manos

sobre el corazón como quien dice: "qué divina música, nunca he sentido igual placer".

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? –preguntó el gnomo frotándose los ojos con un puño furibundo– ¿Quién se permite tocar y cantar de noche aquí en mi mesa?

—Somos nosotros –contestó el guitarrista con mucha dulzura–. Parece que has corrido con mucha suerte desde el día en que te fuiste de nuestra compañía ambulante. Eres hoy gran personaje... y ya ves, hemos hecho el viaje. Estamos muy cansados...

—En primer lugar, les prohíbo que me tuteen y en segundo término, ¡no los conozco!, ¡vaya broma!, yo, yo en una compañía de menestriles... ¿Están locos? ¡Largo, largo de aquí pedazos de vagabundos!

—Pero, de veras ¿no nos reconoce usted monseñor? –insistió el músico decepcionado– Eramos tres, acuérdese, y teníamos grandes éxitos... yo me ponía en el medio, mi compañero a la derecha y usted a la izquierda, bizqueando para que la gente se riera. Tiene usted siempre la misma mirada. Tome, aquí tengo la fotografía que nos sacó un aficionado la víspera del día que usted se escapó.

Y desmontando la guitarra sacó un rollo de papel brumoso que extendió. Se veían en efecto los tres menestriles de cuero y alambre: el de la derecha era en efecto el genio del pesacartas.

—¡Ah! esto ya es demasiado –gritó exasperado–. No me gustan las burlas. Soy el genio del pesacartas y nada tengo qué ver con mendigos como ustedes.

—Pero, monseñor –respondió el guitarrista, a quien invadía una profunda tristeza– si no pedimos gran cosa; tan solo el que nos permita vivir aquí en su hermosa propiedad. Piense que hemos gastado en el viaje todas nuestras economías.

—Lo que me tiene sin cuidado.

—No lo molestaremos para nada. Tocaremos lindas romanzas.

—No me gusta la música. Además, los veo venir: harían correr ciertos ruidos perjudiciales a mi buen nombre, muchas gracias, mi situación es muy envidiada... Conozco cierto tintero que se sentiría encantado si pudiera salpicarme con sus calumnias. Arréglenselas como puedan, yo no los conozco.

—¿Es su última palabra? –preguntaron los menestriles rendidos bajo tanta ingratitud.

—Es mi última palabra –concluyó el genio del pesacartas.

Y como los desgraciados músicos permanecieron aún indecisos y desesperados:

—¿Quieren ustedes marcharse enseguida –bramó, poniéndose de pie sobre el platillo– o llamo a la policía?

Pero en su exaltación, se resbaló, le faltó el pie y rodó, soltando una horrible interjección, hasta ir a dar al fondo del tintero que se lo tragó.

Sin dar oídos a otros sentimientos que no fueran los del valor y la generosidad, los dos menestriles quisieron libertar al amigo de otros tiempos. Pero por desgracia el tintero que tenía muchas cuentas que cobrar, dejó caer su tapa con estrépito y los menestriles no pudieron ni moverla.

Al siguiente día cuando el poeta vio el desastre, comprendió lo ocurrido y sintió repugnancia por la ingratitud del gnomo. Después de haberlo extraído del pozo negro y después de haber tratado en vano de limpiarlo, no sabiendo qué hacer con él y no queriendo tirarlo a la basura, lo metió en el fondo de una gaveta.

En su destierro, el gnomo de cuero no ha perdido su orgullo. Continúa deslumbrando con sus cuentos fantásticos a la gente del nuevo medio social: un pisapapeles roto, una concha de tortuga y un rollo de viejas facturas.

—Cuando yo reinaba en el pesacartas, era yo quien hacía llegar los telegramas. Pero un día, un loco me arrojó en un tintero...

En cuanto a los dos menestriles, el poeta los ha colocado sobre un gran ramo de follaje. Parecen dos pájaros de colores en un bosque virgen y allí cantan el día entero de un modo encantador.

EL ERMITAÑO DEL RELOJ

Este era una vez un capuchino que, encerrado en un reloj de mesa esculpido en madera, tenía como oficio tocar las horas. Doce veces en el día y doce veces en la noche, un ingenioso mecanismo abría de par en par la puerta de la capillita ojival que representaba el reloj, y podía así mirarse desde fuera, cómo nuestro ermitaño tiraba de las cuerdas tantas veces cuantas el timbre, invisible dentro de su campanario, dejaba oír su tin-tin de alerta. La puerta volvía enseguida a cerrarse con un impulso brusco y seco como si quisiese escamotear al personaje; tenía el capuchino magnífica salud a pesar de su edad y de su vida retirada. Un hábito de lana siempre nuevo y bien cepillado descendía sin una mancha hasta sus pies desnudos dentro de sus sandalias. Su larga barba blanca al contrastar con sus mejillas frescas y rosadas, inspiraba respeto. Tenía, en pocas palabras, todo cuanto se requiere para ser feliz. Engañado, lejos de suponer que el reloj obedecía a un mecanismo, estaba segurísimo de que era él quien tocaba las campanadas, cosa que lo llenaba de un sentimiento muy vivo de su poder e importancia.

Por nada en el mundo se le hubiera ocurrido ir a mezclarse con la multitud. Bastaba con el servicio inmenso que les hacía a todos al anunciarles las horas. Para lo demás, que se las arreglaran solos. Cuando atraído por el prestigio del ermitaño alguien venía a consultarle un caso difícil, enfermedad o lo que fuese, él no se dignaba siquiera abrir la puerta. Daba la contestación por el ojo de la llave, cosa esta que no dejaba de prestar a sus oráculos cierto sello imponente de ocultismo y misterio.

Durante muchos, muchísimos años, Fray Barnabé (este era su nombre) halló en su oficio de campanero tan gran atractivo que ello le bastó a satisfacer su vida; reflexionen ustedes un momento: el pueblo entero del comedor tenía fijos los ojos en la capillita y algunos de los ciudadanos de aquel pueblo no habían conocido nunca más distracción que la de ver aparecer al fraile con su cuerda. Entre estos se contaba una compotera que había tenido la vida más gris y desgraciada del mundo. Rota en dos pedazos desde sus comienzos, gracias al aturdimiento de una criada, la habían empatado con ganchitos de hierro. Desde entonces, las frutas con que la cargaban antes de colocarla en la mesa, solían

dirigirle las más humillantes burlas. La consideraban indigna de contener sus preciosas personas.

Pues bien, aquella compotera, que conservaba en el flanco una herida avivada continuamente por la sal del amor propio, hallaba gran consuelo en ver funcionar al capuchino del reloj.

—Miren –les decía a las frutas burlonas– miren aquel hombre del hábito pardo. Dentro de algunos instantes va a avisar que ha llegado la hora en que se las van a comer a todas –y la compotera se regocijaba en su corazón, saboreando por adelantado su venganza.

Pero las frutas sin creer ni una palabra le contestaban:

—Tú no eres más que una tullida envidiosa. No es posible que un canto tan cristalino, tan suave, pueda anunciarnos un suceso fatal.

Y también las frutas consideraban al capuchino con complacencia y también unos periódicos viejos que bajo una consola pasaban la vida repitiéndose unos a otros sucesos ocurridos desde hacía veinte años, y la tabaquera, y las pinzas del azúcar, y los cuadros que estaban colgando en la pared y los frascos de licor, todos, todos tenían la vista fija en el reloj y cuanta vez se abría de par en par la puerta de roble volvían a sentir aquella misma alegría ingenua y profunda.

Cuando se acercaban las doce y cincuenta minutos de la mañana llegaban entonces los niños, se sentaban en rueda frente a la chimenea y esperaban pacientemente a que tocaran las doce, momento solemne entre todos porque el capuchino en vez de esconderse con rapidez de ladrón una vez terminada su tarea, como hacía por ejemplo a la una o a las dos, (entonces se podía hasta dudar de haberlo visto) no, se quedaba al contrario un rato, largo, largo, bien presentado, o sea, el tiempo necesario para dar doce campanadas. ¡Ah!, ¡y es que no se daba prisa entonces el hermano Barnabé! ¡Demasiado sabía que lo estaban admirando! Como quien no quiere la cosa, haciéndose el muy atento a su trabajo, tiraba del cordel, mientras que de reojo espiaba el efecto que producía su presencia. Los niños se alborotaban gritando:

—Míralo como ha engordado.

—No, está siempre lo mismo.

—No señor, que está más joven.

—Que no es el mismo de antes, que es su hijo –etc., etc.

El cubierto ya puesto se reía en la mesa con todos los dientes de sus tenedores, el sol iluminaba alegremente el oro de los marcos y los colores brillantes

de las telas que estos encerraban; los retratos de familia guiñaban un ojo como diciendo: "¡Qué! ¿aún está ahí el capuchino? Nosotros también fuimos niños hace ya muchos años y bastante que nos divertía". Era un momento de triunfo.

Llegaban al punto las personas mayores, todo el mundo se sentaba en la mesa y Fray Barnabé, su tarea terminada, volvía a entrar en la capilla con esa satisfacción profunda que da el deber cumplido.

Pero ay, llegó el día en que tal sentimiento ya no le bastó. Acabó por cansarse de tocar siempre la hora, y se cansó sobre todo de no poder nunca salir. Tirar del cordel de la campana es, hasta cierto punto, una especie de función pública que todo el mundo admira. ¿Pero cuánto tiempo dura? Apenas un minuto por sesenta y el resto del tiempo, ¿qué se hace? Pues, pasearse en rueda por la celda estrecha, rezar el rosario, meditar, dormir, mirar por debajo de la puerta o por entre los calados del campanario un rayo vaguísimo de sol o de luna. Son estas ocupaciones muy poco apasionantes. Fray Barnabé se aburrió.

Lo asaltó un día la idea de escaparse. Pero rechazó con horror semejante tentación releyendo el reglamento inscrito en el interior de la capilla. Era muy terminante. Decía:

"Prohibición absoluta a Fray Barnabé de salir, bajo ningún pretexto de la capilla del reloj. Debe estar siempre listo para tocar las horas tanto del día como de la noche".

Nada podía tergiversarse. El ermitaño se sometió. ¡Pero qué dura resultaba la sumisión! Y ocurrió que una noche, como abriera su puerta para tocar las tres de la madrugada, cuál no fue su estupefacción al hallarse frente a frente de un elefante que de pie, tranquilo, lo miraba con sus ojitos maliciosos, y claro, Fray Barnabé lo reconoció enseguida: era el elefante de ébano que vivía en la repisa más alta del aparador, allá, en el extremo opuesto del comedor. Pero como jamás lo había visto fuera de la susodicha repisa había deducido que el animal formaba parte de ella, es decir que lo habían esculpido en la propia madera del aparador. La sorpresa de verlo aquí, frente a él, lo dejó clavado en el suelo y se olvidó de cerrar las puertas, cuando acabó de tocar la hora.

—Bien, bien dijo el elefante, veo que mi visita le produce a usted cierto efecto; ¿me tiene miedo?

—No, no es que tenga miedo –balbuceó el ermitaño– pero confieso que... ¡Una visita! ¿Viene usted para hacerme una visita?

—¡Pues es claro! Vengo a verlo. Ha hecho usted tanto bien aquí a todo el mundo que es muy justo el que alguien se le ofrezca para hacerle a su vez algún servicio. Sé además, lo desgraciado que vive. Vengo a consolarlo.

—¿Cómo sabe que... cómo puede suponerlo?... Si nunca se lo he dicho a nadie... ¿Será usted el diablo?

—Tranquilícese –respondió sonriendo el animal de ébano– no tengo nada en común con ese gran personaje. No soy más que un elefante... pero eso sí, de primer orden. Soy el elefante de la reina de Saba. Cuando vivía esta gran soberana de África era yo quien la llevaba en sus viajes. He visto a Salomón: tenía vestidos mucho más ricos que los suyos, pero no tenía esa hermosa barba. En cuanto a saber que es usted desgraciado no es sino cuestión de adivinarlo. Debe uno aburrirse de muerte con semejante existencia.

—No tengo el derecho de salir de aquí –afirmó el capuchino con firmeza.

—Sí, pero no deja de aburrirse por eso.

Esta respuesta y la mirada inquisidora con que la acompañó el elefante azoraron mucho al ermitaño. No contestó nada, no se atrevía a contestar nada. ¡Era tal su verdad! Se fastidiaba a morir. ¡Pero así era! Tenía un deber evidente, una consigna formal indiscutible: permanecer siempre en la capilla para tocar las horas. El elefante lo consideró largo rato en silencio como quien no pierde el más mínimo pensamiento de su interlocutor. Al fin volvió a tomar la palabra:

—Pero –preguntó con aire inocente– ¿por qué razón no tiene usted el derecho de salir de aquí?

—Lo prometí a mi reverendo Padre, mi maestro espiritual, cuando me envió a guardar este reloj-capilla.

—¡Ah!. . . ¿y hace mucho tiempo de eso?

—Cincuenta años más o menos –contestó Fray Barnabé, después de un rápido cálculo mental.

—Y después de cincuenta años; ¿no ha vuelto nunca más a tener noticias de ese reverendo Padre?

—No, nunca.

—¿Y qué edad tenía él en aquella época?

—Andaría supongo en los ochenta.

—De modo que hoy tendría ciento treinta si no me equivoco. Entonces, mi querido amigo –y aquí el elefante soltó una risa sardónica muy dolorosa al oído– entonces quiere decir que lo ha olvidado totalmente. A menos que no

haya querido burlarse de usted. De todos modos ya está más que libre de su compromiso.

—Pero –objetó el monje– la disciplina...

—¡Qué disciplina!

—En fin... el reglamento.

Y mostró el cartel del reglamento que colgaba dentro de la celda. El elefante lo leyó con atención, y:

—¿Quiere que le dé mi opinión sincera? La primera parte de este documento no tiene por objeto sino el de asustarlo. La leyenda esencial es: "Tocar las horas de día y de noche", este es su estricto deber. Basta por lo tanto que se encuentre usted en su puesto en los momentos necesarios. Todos los demás le pertenecen.

—Pero, ¿qué haría en los momentos libres?

—Lo que harás –dijo el animal de ébano cambiando de pronto el tono y hablando en voz clara, autoritaria, avasalladora–, te montarás en mi lomo y te llevaré al otro lado del mundo por países maravillosos que no conoces. Sabes qué hay en el armario secreto, al que no abren casi nunca, tesoros sin precio, de los que no puedes hacerte la menor idea: tabaqueras en las cuales Napoleón estornudó, medallas con los bustos de los césares romanos, pescados de jade que conocen todo lo que ocurre en el fondo del océano, un viejo pote de jenjibre vacío, pero tan perfumado todavía que casi se embriaga uno al pasar por su lado (y se tienen entonces sueños sorprendentes). Pero lo más bello de todo es la sopera, la famosa sopera de porcelana de China, la última pieza restante de un servicio estupendo, rarísimo. Está decorada con flores y en el fondo, ¿adivina lo que hay? La reina de Saba en persona, de pie, bajo un parasol flamígero y llevando en el puño su loro profeta. Es linda, ¡si supieras!, es adorable, ¡cosa de caer de rodillas! Y te espera. Soy su elefante fiel que la sigue desde hace tres mil años. Hoy me dijo: "Ve a buscarme al ermitaño del reloj, estoy segura que debe de estar loco por verme".

—La reina de Saba. ¡La reina de Saba! –murmuraba en su fuero interno Fray Barnabé trémulo de emoción– No puedo disculparme. Es preciso que vaya –y en voz alta–: Sí quiero ir. Pero ¡la hora, la hora! Piense un poco, elefante, ya son las cuatro menos cuarto.

—Nadie se fijará si toca de una vez las cuatro. Así le quedaría libre una hora y cuarto entre este y el próximo toque. Es tiempo más que suficiente para ir a presentar sus respetos a la reina de Saba.

Entonces olvidándolo todo, rompiendo con un pasado de cincuenta años de exactitud y de fidelidad, Fray Barnabé tocó febrilmente las cuatro y saltó en el lomo del elefante, quien se lo llevó por el espacio. En algunos segundos se hallaron ante la puerta del armario. Tocó el elefante tres golpes con sus colmillos y la puerta se abrió por obra de encantamiento. Se escurrió entonces con amabilidad maravillosa por entre el dédalo de tabaqueras, medallas, abanicos, pescados de jade y estatuillas y no tardó en desembocar frente a la célebre sopera. Volvió a tocar los tres golpes mágicos, la tapa se levantó y nuestro monje pudo entonces ver a la reina de Saba en persona, que de pie en un paisaje de flores ante un trono de oro y pedrerías sonreía con expresión encantadora llevando en su puño el loro profeta.

—Por fin lo veo, mi bello ermitaño –dijo ella–. ¡Ah!, cuánto me alegra su visita; confieso que la deseaba con locura, cuanta vez oía tocar la campana, me decía: ¡qué sonido tan dulce y cristalino! Es una música celestial. Quisiera conocer al campanero, debe ser un hombre de gran habilidad. Acérquese, mi bello ermitaño.

Fray Barnabé obedeció. Estaba radiante en pleno mundo desconocido, milagroso... No sabía qué pensar. ¡Una reina estaba hablándole familiarmente, una reina había deseado verlo! Y ella seguía:

—Tome, tome esta rosa como recuerdo mío. Si supiera cuánto me aburro aquí. He tratado de distraerme con esta gente que me rodea. Todos me han hecho la corte, quien más, quien menos, pero por fin me cansé. A la tabaquera no le falta gracia; narraba de un modo pasable relatos de guerra o intrigas picarescas, pero no puedo aguantar su mal olor. El pote de jenjibre tiene garbo y cierto encanto, pero me es imposible estar a su lado sin que me asalte un sueño irresistible. Los pescados conocen profundas ciencias, pero no hablan nunca. Solo el César de oro de la medalla me ha divertido en realidad algunas veces, pero su orgullo acabó por parecerme insoportable. ¿No pretendía llevarme en cautiverio bajo el pretexto de que era yo una reina bárbara? Resolví plantarlo con toda su corona de laurel y su gran nariz de pretencioso, y así fue como quedé sola, sola pensando en usted, el campanero lejano que me tocaba en las noches tan linda música. Entonces dije a mi elefante: "Anda y tráemelo. Nos distraeremos mutuamente. Le contaré yo mis aventuras, él me contará las suyas". ¿Quiere usted, lindo ermitaño, que le cuente mi vida?

—¡Oh! sí –suspiró extasiado Fray Barnabé–. ¡Debe ser tan hermosa!

Y la reina de Saba comenzó a recordar las aventuras magníficas que había corrido desde la noche aquella en que se había despedido de Salomón hasta el día más cercano en que escoltada por sus esclavos, su parasol, su trono, y sus pájaros se había instalado dentro de la sopera. Había material para llenar varios libros y aún no lo refería todo; iba balanceándose al azar de los recuerdos. Había recorrido África, Asia y las islas de los dos océanos. Un príncipe de la China, caballero en un delfín de jade, había venido a pedir su mano, pero ella lo había rechazado porque proyectaba entonces un viaje al Perú, acompañada de un joven galante, pintado en un abanico, el cual en el instante de embarcarse hacia Citeres, como la viera pasar, cambió de rumbo.

En Arabia había vivido en una corte de magos. Estos, para distraerla, hacían volar ante sus ojos pájaros encantados, desencadenaban tempestades terribles en medio de las cuales se alzaban sobre las alas de sus vestiduras, hacían cantar estatuas que yacían enterradas bajo la arena, extraviaban caravanas enteras, encendían espejismos con jardines, palacios y fuentes de agua viva. Pero entre todas, la aventura más extraordinaria era aquella, la ocurrida con el César de oro. Es cierto que repetía: "Me ofendió por ser orgulloso".

Pero se veía su satisfacción, pues el César aquel era un personaje de mucha consideración. A veces en medio del relato el pobre monje se atrevía a hacer una tímida interrupción:

—Creo que ya es tiempo de ir a tocar la hora. Permítame que salga.

Pero al punto la reina de Saba, cariñosa, pasaba la mano por la hermosa barba del ermitaño y contestaba riendo:

—¡Qué malo eres, mi bello Barnabé. Estar pensando en la campana cuando una reina de África te hace sus confidencias!, y además: es todavía de noche. Nadie va a darse cuenta de la falta.

Y volvía a tomar el hilo de su historia asombrosa. Cuando la hubo terminado, se dirigió a su huésped y dijo con la más encantadora de sus expresiones:

—Y ahora, mi bello Barnabé, a usted le toca, me parece que nada de mi vida le he ocultado. Es ahora su turno.

Y habiendo hecho sentar a su lado, en su propio trono, al pobre monje deslumbrado, la reina echó hacia atrás la cabeza como quien se dispone a saborear algo exquisito.

Y aquí está el pobre Fray Barnabé que se pone a narrar los episodios de su vida. Contó cómo el padre Anselmo, su superior, lo había llevado un día al reloj-capilla; cómo le encomendó la guardia; cuáles fueron sus emociones de campanero principiante, describió su celda, recitó de cabo a rabo el reglamento que allí encontró escrito; dijo que el único banco en donde podía sentarse era un banco cojo; lo muy duro que resultaba no poder dormir arriba de tres cuartos de hora por la zozobra de no estar despierto para tirar de la cuerda en el momento dado. Es cierto que mientras enunciaba cosas tan miserables, allá en su fuero interno tenía la impresión de que no podían ellas interesar a nadie, pero ya se había lanzado y no podía detenerse. Adivinaba de sobra que lo que de él se esperaba no era el relato de su verdadera vida que carecía en el fondo de sentido, sino otro, el de una existencia hermosa cuyas peripecias variadas y patéticas hubiera improvisado con arte. Pero, ¡ay!, carecía por completo de imaginación y quieras que no, había que limitarse a los hechos exactos, es decir, a casi nada.

En un momento dado del relato levantó los ojos que hasta entonces por modestia los había tenido bajos clavados en el suelo, y se dio cuenta de que los esclavos, el loro, todos, todos, hasta la reina, dormían profundamente. Solo velaba el elefante:

—¡Bravo! –le gritó este– Podemos ahora decir que es usted un narrador de primer orden. El mismo pote de jenjibre es nada a su lado.

—¡Oh Dios mío! –imploró Fray Barnabé– ¿se habrá enojado la reina?

—Lo ignoro. Pero lo que sí sé es que debemos regresar. Ya es de día. Tengo justo el tiempo de cargarlo en el lomo y reintegrarlo a la capilla.

Y era cierto. Rápido como un relámpago atravesó nuestro elefante de ébano el comedor y se detuvo ante la capilla. El reloj de la catedral de la ciudad apuntaba justo las ocho. Anhelante, el capuchino corrió a tocar las ocho campanadas y cayó rendido de sueño sin poder más... Nadie por fortuna se había dado cuenta de su ausencia.

Pasó el día entero en una ansiedad febril. Cumplía maquinalmente su deber de campanero: pero con el pensamiento no abandonaba un instante la sopera encantada en donde vivía la reina de Saba y se decía: ¿qué me importa aburrirme durante el día, si en las noches el elefante de ébano vendrá a buscarme y me llevará hasta ella? ¡Ah! ¡qué bella vida me espera!

Y desde el caer de la tarde comenzó a esperar impaciente a que llegara el elefante. ¡Pero nada! Las doce, la una, las dos de la madrugada pasaron sin que el real mensajero diera señales de vida. No pudiendo más y diciéndose que solo se trataría de un olvido, Fray Barnabé se puso en camino. Fue un largo y duro viaje. Tuvo que bajar de la chimenea agarrándose de la tela que la cubría y como dicha tela no llegaba ni con mucho al suelo, fue a tener que saltar desde una altura igual a cinco o seis veces su estatura. Y cruzó a pie la gran pieza tropezándose en la oscuridad con la pata de una mesa, resbalándose por encima de una cucaracha y teniendo luego que luchar con un ratón salvaje que lo mordió cruelmente en una pierna; tardó en pocas palabras unas dos horas para llegar al armario. Imitó allí el procedimiento del elefante con tan gran exactitud que se le abrieron sin dificultad ninguna, primero la puerta, luego la tapa de la sopera. Trémulo de emoción y de alegría se encontró frente a la reina. Esta se sorprendió muchísimo:

—¿Qué ocurre? –preguntó– ¿Qué quiere usted señor capuchino?

—¿Pero ya no me recuerda? –dijo Fray Barnabé cortadísimo– Soy el ermitaño del reloj... el que vino ayer...

—¡Ah! ¿Conque es usted el mismo monje de ayer? Pues si quiere que le sea sincera, le daré este consejo: no vuelva más por aquí. Sus historias, francamente, no son interesantes.

Y como el pobre Barnabé no atreviéndose a medir las dimensiones de su infortunio permaneciese inmóvil...

—¿Quiere usted acabarse de ir? –silbó el loro profeta precipitándosele encima y cubriéndolo de picotazos– Acaban de decirle que está aquí de más. Vamos, márchese y rápido.

Con la muerte en el alma Fray Barnabé volvió a tomar el camino de la chimenea. Andando, andando se decía:

—¡Por haber faltado a mi deber! Debía de antemano haber comprendido que todo esto no era sino una tentación del diablo para hacerme perder los méritos de toda una vida de soledad y de penitencia. ¡Cómo era posible que un desgraciado monje, en sayal, pudiera luchar contra el recuerdo de un emperador romano en el corazón de una reina!... Pero... ¡qué linda, qué linda era! Ahora es preciso que olvide. Es preciso que de hoy en adelante no piense más que en mi deber: mi deber es el de tocar la hora. Lo cumpliré sin desfallecimiento, alegremente hasta que la muerte me sorprenda en la extrema vejez. ¡Quiera Dios

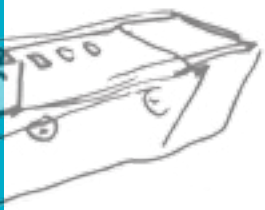
que nadie se haya dado cuenta de mi fuga! ¡Con tal de que llegue a tiempo! ¡Son las siete y media! Si no llego en punto de ocho ¡estoy perdido! Es el momento en que se despierta la casa y todos comienzan a vivir.

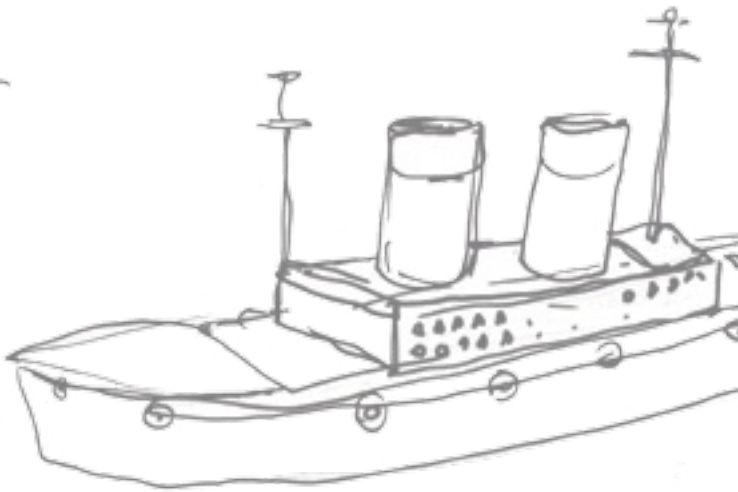
Y el pobre se apresuraba, las piernas ya rendidas. Cuando tuvo que subir agarrándose a las molduras de la chimenea, toda la sangre de su cuerpo parecía zumbarle en los oídos. Llegó arriba medio muerto. ¡Inútil esfuerzo! No llegó a tiempo... Las ocho estaban tocando. Digo bien: ¡las ocho estaban tocando! ¡Tocando *solas*, sin él! La puerta del reloj se había abierto de par en par, la cuerda subía y bajaba, lo mismo que si hubieran estado sus manos tirando de ellas; y las ocho campanadas cristalinas sonaban...

Hundido en el estupor el pobre capuchino comprendió. Comprendió que el campanario funcionaba sin él, es decir, que él no había contribuido nunca en nada al juego del mecanismo. Comprendió que su trabajo y su sacrificio diario no eran sino de risa, casi, casi un escarnio público. Todo se derrumbaba a la vez: la felicidad que había esperado recibir de la reina de Saba y ese deber futuro que había resuelto cumplir en adelante obediente en su celda. Ese deber no tenía ya objeto. La desesperación negra, inmensa, absoluta penetró en su alma. Comprendió entonces que la vida sobrellevada en tales condiciones era imposible.

Entonces rompió en menudos pedazos la rosa que le regalara la reina de Saba, desgarró el reglamento que colgaba en la pared de la celda, y agarrando el extremo de la cuerda que asomaba como de costumbre bajo el techo, aquella misma que tantas, tantas veces habían sus manos tirado tan alegremente, pasósela ahora alrededor del cuello y, dando un salto en el vacío, se ahorcó.

DIARIOS





POR EL LEJANO ORIENTE...
EL DIARIO DE UNA CARAQUEÑA
(Fragmentos)

Nueva York, abril de 1919

Al fin nuestro viaje al Japón y la China es cosa ya decidida.

El 1.° de mayo debemos encontrarnos en San Francisco de California, para tomar allí el vapor que nos conducirá a Yokohama, luego de hacer escala en Honolulú.

¡Pero qué días de ansiedad, de espera nerviosa, de desesperación, en fin! Mi viaje a Caracas, mi querido viaje a Caracas que desde hace tiempo planeaba y preparaba con una precisión de días y de horas, digna de un general en campaña, ¡ha fracasado!

Todo estaba previsto, dispuesto. Marc, mi marido, en vista de sus ocupaciones, y considerándome persona competente para el caso, me daba su venia, a fin de realizar el viaje yo sola, de mi cuenta y riesgo. Una semana para ir, dos de estadía, una de vuelta, y luego lejos, lejos, el viaje divino al Oriente, al país de las leyendas, a la tierra pintoresca de los Mikados y de las Geishas.

¡Qué de alegres proyectos! En los pocos días pasados en Venezuela, me habría llevado conmigo la visión de la tierra querida como un perfume evocador que me acompañase luego allá, en las tierras desconocidas y lejanas...

Pero desgraciadamente todo fracasó, debido al celo que por mi nacionalidad tienen los señores americanos. Y es este, asunto que merece explicación y capítulo aparte por tratarse de cuestiones de actualidad algo curiosas. Como decía, los americanos tienen gran escrúpulo en esto de las nacionalidades. De ningún modo quisieron aceptar mis pasaportes de venezolana, considerándome rusa a todo trance.

Fue inútil que con la más amable de mis sonrisas les explicara en todos los tonos que yo había nacido en Caracas, capital de la República de Venezuela, lugar situado en plenos trópicos, donde no se conocen más rusas que las ensaladas

o las montañas del mismo nombre. No pude convencerlos. Hube de capitular y resignarme a disponer mis asuntos desde el punto de vista ruso.

Pero, ¡ah! es que el ser ruso en Norteamérica y por los tiempos que corren no es tontería, no, sino cosa difícil, ¡complicadísima!

Mis nuevos compatriotas los bolcheviques, tienen, entre otras originalidades, la de repartir a derecha e izquierda cónsules inverosímiles. El nuestro en Nueva York, debe pertenecer a la familia de los fantasmas: nunca está visible. ¡Qué de veces, sola, o acompañada de Marc, con una perseverancia a toda prueba, luego de recorrer una distancia kilométrica me he lanzado a la conquista del susodicho fantasma! El resultado era siempre el mismo. Nuestra calle de la amargura terminaba invariablemente ante una puerta cerrada e inexorable: ¡era la puerta de nuestro cónsul eternamente ausente! En ella no había más signo de vida, que una placa con un letrero en ruso el cual para mí tenía un notabilísimo parecido con los letreros vistos en un espejo. Ante tanto enigma y tanto silencio yo me desesperaba. Al pensar que allí, detrás de aquella puerta, a media vara de distancia, se encontraba en acecho mi viaje a Caracas, llorando casi de impotencia, daba con los pies en el suelo llamando a los bolcheviques asesinos y *sans-culottes*, sin que por ello saliese a tomarme cuentas del agravio el fantasma de mi cónsul.

Y así fueron transcurriendo días y días, hasta que el *Philadelphia*, vapor fijado en mis planes para realizar mi viaje a Venezuela, zarpó al cabo, rumbo a La Guaira, dejándome en tierra con todas mis ilusiones y proyectos burlados. Lo vi marcharse con la tristeza del caso, hasta que reaccionando al fin, me resigné a exclamar filosóficamente como el galán del cuento:

"Puesto que Leonor renuncia a mi mano: ¡renuncio a la mano de Leonor!".

Y aquí estoy; habiendo renunciado a la mano de Leonor, es decir, a mi viaje a Caracas; repuesta ya de tantas esperas y rabietas y dedicando todas mis energías y actividades hacia otro nuevo norte: el Japón.

No fracasará este viaje como el primero, no, ya todo está arreglado y previsto, porque un día, ante mis asombradísimos ojos, se abrió la puerta enigmática y tras ella apareció un personaje muy fino y distinguido, quien, luego de deshacerse en excusas, se puso incondicionalmente a nuestras órdenes para cuanto pudiese servirnos, con lo cual, pude constatar, que diga lo que quiera la

trompeta de la fama, los bolcheviques, a fuer de buenos rusos, saben también ser galantes y gentiles.

Como decía, pues, dedico ahora todo mi tiempo y mis energías a prepararme con gran entusiasmo para mi anhelado viaje al Oriente. Y las horas del día son pocas para ello; porque a la vez que deseo enterarme de los asuntos asiáticos, me esmero al mismo tiempo en tener bonitas "toilettes" para asistir a las comidas y recepciones con que seremos obsequiados en Yokohama, Shangai y Harbin. Es, pues, asombrosa la facilidad con que paso de baúles y maletas al origen del Yedo y a las costumbres de los Mikados. Cuando no estoy extasiada ante algún maniquí de los almacenes de Broadway, estoy de codos encima de una mesa describiendo zig-zags sobre el mapa del Japón y la China; cuando no me sorprende la noche en algún museo de arte nipón, me sorprende la madrugada haciendo una interminable lista de compras, y hasta en los *subways* mientras me dirijo a los almacenes, a fin de aprovechar más tiempo, voy leyendo con la ansiedad del caso, cómo ocurrió todo aquello de Puerto-Arturo y la guerra ruso-japonesa que allá, entre sueños, recuerdo... Y así va el tiempo corriendo, corriendo, desgranando los días uno tras otro, mientras espero yo, no sin cierta tristeza, el instante siempre temido de la partida y de los adioses...

A bordo del "Venezuela", mayo 24 de 1919

¡Qué deliciosos! ¡Qué divertidos han sido para mí los días pasados a bordo de este gran buque que sabe deslizarse tan majestuosamente sobre las olas, no siempre pacíficas, del Gran Océano! Pensando que era el mareo enfermedad ya caída en desuso, no me he ocupado sino de divertirme entre los numerosos amigos que pueblan y animan el vapor por todos lados. Antes de hablar de ellos me parece de rigor hacer primero la presentación del *Venezuela*.

Pertenece dicho buque a la "Pacific Mail Co.". Tiñe 20.000 toneladas y junto con *El Ecuador* y *El Colombia*, sus *sister ships*, hace la travesía entre San Francisco, Honolulú, Hong-Kong, Yokohama, Kobe, Shangai y Manila. Tiene todo el confort de los más modernos trasatlánticos, magnífica comida amenizada con música, baile todas las noches, y un *pool* donde nadar, el cual hizo

mis delicias, no bien la temperatura me permitió entrar en *match* decididísimo con todos los patos más tenaces que pueblan los estanques de tierra adentro.

Mis compañeros de viaje constituyen el conjunto más babilónico que darse pueda: americanos, ingleses, suecos, japoneses, belgas, chinos, y sobre todo, rusos que acuden a guarecerse en los lugares próximos a la frontera de la Rusia oriental. Por afinidad de razas nos hemos unido mucho a los rusos y belgas; hay entre ellos intelectuales y artistas de nota, y entre los rusos personas de mucha significación social.

El séptimo día de viaje llegamos a Honolulú, capital de las islas Hawai. Quise escribir para dejar allí mi carta, pero habiéndolo pensado demasiado tarde no me fue posible hacerlo. Resultó empresa superior a mis fuerzas. Mientras yo garabateaba palabras a toda prisa sobre el escritorio, sentía a mi alrededor todo el movimiento llegado de tierra, que me atraía de un modo irresistible: chirriar de poleas y de cadenas, personas con indumentaria de desembarco, los pasos y las voces de los vendedores ambulantes que se llegaban a bordo a ofrecer su mercancía, y para colmo de todo, los amigos y amigas que de continuo me descubrían y venían a tentarme con una insistencia desesperante. Y eran unos:

—*Why, don't you inted to go on shore Mrs. Bunimowitch?*

Y luego otros:

—*Mais, Madame Bunimowitch, est-ce que vous allez rester tout bêtement a écrire quand tout le monde se promène? Est-ce possible!*

Me di por vencida. Mandé al diablo el papel y la pluma y acompañada de Marc, que sonriendo me esperaba, habiendo ya profetizado el destino de mi carta, muerta antes de nacer, me lancé llena de curiosidad a conocer nuevas tierras.

De las islas Hawai tenía formada una idea llena de sentimentalismo y poesía. Recordaba aquella música coral tan dulcemente sugestiva, medio religiosa y medio salvaje que tantas veces había oído en nuestro gramófono de casa. Me decía que muy lindo debía ser el país que a sus naturales inspiraba aquellos cantos.

En efecto, es aquel un encantador país tropical, de clima tan templado y suave como el clima de Caracas. La agricultura y las frutas son las mismas; tablones de caña, cafetales sombreados de bucares que se alzaban, inmensos y enrojecidos por sus flores de coral, y por todos lados, piñas, mangos, lechosas,

parchas, todas las dulcísimas frutas del trópico. No pude menos de recordar el terruño; la vida de hacienda; los días felices pasados en familia allá en nuestro hogar, los tiempos alegres de Güeregüere y Juan Díaz...

Son los indios que pueblan estos países de color cobrizo y regulares facciones. Según pude averiguar, entre la aristocracia de los aborígenes se destacaban los hombres de gran corpulencia física. Una mujer se tenía por más o menos bella según fuese su tamaño y robustez, considerando la cara un detalle baladí de poquísima importancia. Dicha corpulenta aristocracia, practicaba en secreto el *lomi-lomi*, masaje complicadísimo y eficaz al cual debían su colosal desarrollo; y, designábanse ellos mismos con el nombre de "kanakas", palabra que en su idioma significa "Los Hombres", lo cual, dicho sea entre paréntesis, era muy poco amable para con los mismos de la democracia.

Corrimos por la ciudad y sus alrededores poblados de preciosísimas quintas, propiedad de los ricos americanos que allí se dirigen durante los meses del verano; subimos a un elevadísimo volcán; corrimos en auto los caminos, y yo me di a comer frutas de todo género; desde las piñas que figuran entre las más distinguidas, hasta aquellas que por considerarlas algo chabacanas no son admitidas generalmente en sociedad, como son por ejemplo los pobres mangos, tan desconocidos y poco tomados en consideración. Sin reparos de categorías sociales, a todas les hice por igual y en cuanto me fue posible, una amable acogida, como era de rigor después de tanto tiempo de no habernos encontrado.

Luego de esta interesante excursión tropical, volvimos a bordo y continuó la travesía.

De entonces acá hemos tenido varias fiestas dignas de mención. Una de ellas fue en celebración de haber pasado el meridiano 180°; hubo baile y brindis, entre los que se destacó uno de Marc, que fue muy aplaudido. Hemos tenido también varios conciertos, y una magnífica conferencia dada por un señor belga, noble orador de Bruselas, la cual versó sobre la literatura moderna francesa.

Pero el *clou* de la travesía, el *non plus ultra* de la diversión, fue un baile de disfraces que para mí será de inolvidable memoria. Nosotros solo tomamos parte como espectadores junto con nuestros amigos Goldman, dos matrimonios belgas, dos suecos, tres señores rusos y algunos más. Todos los demás pasajeros, americanos en su mayoría, formaban la parte activa de la fiesta. Yo no cesaba de preguntarme, llena de estupor, cómo era posible que el espíritu de previsión

llegara entre ciertas razas hasta el punto de viajar con un disfraz en el baúl del camarote. En mi candidez no sospechaba todo lo atrevido e inesperado de la imaginación americana.

Vino la noche y se dio principio a la fiesta. Comenzó el desfile. Las personas se hacían anunciar y entraban en el recinto una a una, con gran prosopopeya y expectación, como es de rigor en dichos bailes... Las sorpresas se sucedían en progresión creciente y cada disfraz era recibido por nosotros con los más ruidosos aplausos y prolongadas risas. Parece que el programa hubiera sido: aligerarse de ropa lo más posible y sacar a colación el mayor número de indumentaria interior. Una, estaba en piyama con pantuflas y gorro de dormir; otra había utilizado un monísimo traje de baño para disfrazarse de muchacho; varias vestían de hombre; otras estaban de *babys*, con zapatos y mediecitas cortas, talle largo, banda y falda, muy por encima de la rodilla. Todas entraban con gran soltura y se ponían a bailar con una naturalidad pasmosa. Pero el número uno de la sorpresa, lo que produjo un ¡¡Oh!! general, y una carcajada interminable, fue un personaje del sexo masculino, el cual se llevó el premio de los *shoking* disfrazándose de salvaje. Para ello decidió ponerse la menor ropa posible, es decir, un minúsculo pantalón de baño y un fleco de cuentas que de la cintura le caía hasta las rodillas; los pies descalzos, una peluca desgreñada y todo el cuerpo hecho un laberinto de arabescos imitando tatuajes. Estaba horrible. Yo me reía, me reía con mis demás compañeros espectadores como en mi vida lo había hecho. Cada movimiento, cada actitud del salvaje era un nuevo tema para desarrollar nosotros todo aquel caudal inagotable de hilaridad.

El baile duró hasta avanzadas horas de la madrugada, y yo me retiré satisfecha, pensando que pocas veces en la vida volvería a presenciar fiesta tan curiosa y original.

Pasado mañana probablemente llegaremos Yokohama, luego de 25 días de viaje. Preparan a bordo fiesta de despedida. Mientras tanto, esperando la llegada, disfrutamos de una temperatura agradable, y en las noches, la más romántica de las lunas nos detiene horas enteras sobre cubierta, donde se fuma, se juega y cada uno va contando anécdotas de su vida o historias de la guerra, en pintoresca variedad de idiomas.

Yokohama, junio de 1919

Ayer, regresamos de nuestra visita a Tokio, capital y corte del Imperio Nipón, la cual muy alegremente realizamos en autos. Dejan los caminos mucho que desear en esta tierra, por lo cual llegamos rendidos de cansancio y asfixiados de calor, después de las consabidas *pannes*.

Es Tokio la antigua y legendaria Ye Yedo, que supo crecerse en importancia hasta conquistar no sé cuál de los shoguns quien, al enamorarse perdidamente de ella, la erigió en reina y señora del Imperio. Se extiende a orillas del Sumida, el Río Sagrado partido mil y mil veces por históricos puentes que desde tiempo inmemorial se miran coquetamente en sus clarísimas aguas.

Tokio, como Yokohama, me interesó muchísimo. Visitamos el palacio imperial y el palacio del Mikado; conocimos el más grande Buda del Japón a los pies del cual hicimos fotografías, y luego entramos en los restaurantes y tiendas de la ciudad. Son estas últimas, tan bien tenidas, y se cuida tan estrictamente de la limpieza, que nadie puede entrar en ellas, sin antes ponerse sandalias de madera sobre los zapatos a fin de no ensuciar las alfombras que las cubren. Los restaurantes o *tea houses*, como dicen los americanos, son también muy curiosos. No existen en ellos asientos ni mesas de ninguna clase; solo se ven cojines, colocados en el suelo con gran simetría, sobre los cuales se sientan los comensales a esperar el té. Lo preceden mesitas tan minúsculas que solo levantan una cuarta del suelo, y sobre ellas se dispone la comida o refrigerio.

En Tokio, como en Yokohama, la civilización occidental, intrusa y soberbia, se ha metido por todas partes. Se apropió barrios enteros; tendió hilos y plantó postes en la calle, levantó las casas de varios metros; y hasta se atrevió a morder en un costado al histórico palacio del Imperio. Los tranvías eléctricos se han cogido para ellos toda la calle, y los automóviles acorralan a los pobres *rishkas* que asustados y tímidos les van cediendo el puesto.

Ante tanta insolencia dan ganas de detenerse, de subirse muy en alto, y con los brazos extendidos como los *policemen* neoyorkinos hacer señas de que todo movimiento cese para gritar a los de abajo:

—¡Atrás los automóviles! ¡Fuera los tranvías eléctricos! ¡Abajo los invasores! ¡Que circulen los *rishkas*, que pasen los de a pie, que corran las

diminutas sombrillas, sin temor de ser ahogadas, y alto, alto, a quien vuelva a turbar el buen orden y concierto de las tres veces capital del Imperio!

En nuestra visita a Tokio nos acompañó una muchacha rusa que se ha agregado a nuestra expedición e irá con nosotros hasta Harbin. Es de tan interesante especie que no puedo dejarla pasar en silencio sin hacer mención de ella: pertenece a la juventud feminista de Rusia. Viaja sola. Siendo muy joven y de aspecto muy femenino es una conferencista notabilísima. Tiene gran erudición y un conocimiento muy sólido de la política rusa y en general de todos los asuntos europeos y esto todo, aderezado naturalmente con una cantidad de idiomas increíble como es de rigor entre los rusos.

La conocí en el hotel y ahora nos acompaña, nos distrae y nos sirve de cicerone, porque todo lo sabe.

Es una de las muchas amistades agradables que tengo hechas en lo que llevamos de viaje. Porque es inmensa la disposición que tengo yo para hacer amigos a diestra y siniestra cuando voy viajando. Estos amigos de ocasión son muy útiles y muy amables, y tienen además la ventaja de no tomar demasiada confianza, ni mezclarse nunca en lo que no les importa, circunstancia esta muy frecuente entre los amigos de otra especie. Marc, a quien desesperan estas teorías, con sus aires de aristócrata ruso, no consiente en hacer amistad sino con aquellas personas que les son presentadas con todos los requisitos del caso. Yo, en cambio, detesto las presentaciones; encuentro que es una manera muy brusca de "romper el hielo" y de acabar con todo el encanto de lo imprevisto.

Si por ejemplo se va Marc a sus quehaceres, y yo cansada de visitar calles he decidido quedarme en el hotel, empiezo a aburrirme como deben aburrirse las ostras dentro de su concha. Si estoy en el salón y hay en él personas de aspecto simpático: ¿por qué no distraerme hablando con ellas para saber de dónde vienen, a dónde van, y demás cosas por el estilo? ¡Nada más inocente! Los procedimientos usados para entrar en materia son algo variados. Algunas veces dejo caer un libro o revista que vienen a recoger y yo recibo con la más encantadora de mis sonrisas. Otras veces, paseando de arriba abajo digo en el idioma *ad hoc* y en monólogo conmigo misma:

—¡¡Qué insoportable calor!!

Lo cual es tema para una contestación, o para venir gentilmente a ofrecer un abanico.

Cuando entra Marc, me encuentro departiendo con mis nuevos amigos que suelen ser personas de mucha consideración. Yo entonces hago las presentaciones:

—La generala y el general X, condecorado con las cruces de C. y B. Ha hecho la campaña de Oriente y nos llevará a visitar, si tú lo deseas, unas fortificaciones a las cuales no tienen libre acceso los extranjeros.

O bien:

—Madame de E., pintora premiada en varias exposiciones; viaja en busca de emociones artísticas y desea hacer mi retrato al pastel, si tú lo permites.

Marc, naturalmente, se encanta con mi retrato, y se interesa mil veces más que yo en la visita a las fortificaciones, cosas todas a las cuales no habría llegado nunca con su sistema de protocolo.

Así hice amistad con nuestra nueva amiga la conferencista, quien de continuo discute política y bolcheviquismo con Marc. En cuanto a mí, comienzo a iniciarme en las intrincadas dificultades de su complicadísimo idioma. He empezado naturalmente por el principio: paso las horas muertas ante el alfabeto ruso; y me doy a compadecer a los pobres niños, quienes no bien salen de la cuna, cuando entran de lleno en esta inmensa dificultad de conocer las letras. Para mayor contratiempo, viene el alfabeto ruso recargado con muchas letras más, las cuales como es natural no corresponden con ninguna de las nuestras. La gramática rusa, por otro lado, no consiente de ningún modo en andarle a la zaga a la gramática latina, y ha impuesto también ella el intrincado sistema de declinaciones, el cual, para *summum* de complicación, no consta de cinco sino de siete casos.

Cuando considero todo esto conjunto de dificultades tengo momentos de verdadero desaliento y entonces no dudo en confesar, escandalícese el que quiera, que a los siete casos rusos prefiero un millón de veces los siete pecados capitales o las Siete Plagas de Egipto.

DIARIO DE BELLEVUE - FUENFRÍA - MADRID
1931-1936
(Fragmentos)

Junio 6 de 1931

Me encuentro, lo quiero creer para que me sirva de esperanza, en un período de crisis moral. Siento en mí una inmensa miseria de iniciativa, de deseos, solo tengo ojos para mirar esa pobreza que me paraliza. ¿De dónde puede venir el remedio? ¿De dentro? ¿De fuera? Adentro no hay más que el espectáculo deprimente y siempre alrededor de él, ahogándolo el no saber qué quiero, qué quisiera querer. Es la ruina por falta de nervio, de fe. ¿Si buscara la reacción de afuera? Solo una amistad de las que tan rara vez se encuentran en la vida, amistad, no amor, podría dármela por contagio de entusiasmo de generosidad. Me parece vivir desde hace algún tiempo en un clima espiritual que no es el de mi espíritu. No llevo en mí la suficiente fuerza de concentración para hacerme mi clima dentro de otro opuesto y me siento decaer sin elementos ningunos para aislarme y defenderme. Tal vez un viaje.

¿Este deseo continuo de viaje, de "salir", no será la señal de mi inutilidad en el mundo como ser colaborador de la vida por haber equivocado mi vocación, cualquier "estado" definido y humilde, que evité siempre por egoísmo: temor de perder libertad y adquirir responsabilidad y trabajo? El trabajo físico, gimnasia de la energía, habría sido mi salvación, me habría salvado de la abulia que confunden con la bondad. Yo sé que no es bondad. Dice Rilke (acabo de leerlo) que todo comienzo es bello. Yo quiero comenzar hoy.

Pero ¡qué gran humildad se necesita! ¡Sembrar en campo estéril, contando solo con el azar! ¡La lluvia inesperada! La vida interior es un mundo maravilloso, a condición de que en ella nazcan y se muevan las cosas, o se reflejen las de afuera. ¿A qué profundidad misteriosa se encuentra esta mía que solo pasa por instantes, tan caprichosa, tan opaca, y tan rápida que ni siquiera pueda exprimirla yo misma en palabras?

Beaulieu
1931
Septiembre 2

Trabajando en Bellevue, por la mañana. Historia de la Filosofía: estudio los estoicos y los epicúreos. Lectura viaje de Miranda en Rusia. Almuerzo en el *tea-room*. Salida en automóvil con Lydia y Mlle. Morlay a visitar villas y alrededores. Visito varias. Una especialmente me ha parecido encantadora, absolutamente adaptada a la que deseo: pequeña, muy mona, jardín rústico con rocas y pinos sobre el mar directamente. Se compone de dos grandes cuartos, con dos salas de baño, salón y comedor, unidos, cocina refectorio, *cave*, con cuartos y baño sirvientes, abajo (a ras del piso) con *hall* como para estudio y otro gran cuarto como para huésped. Precio exagerado, 600 mil francos con muebles y 525 sin ellos. Tiene garage y un cuarto de *chauffeur*. Si se obtuviera en 400 mil francos reflexionaría hacer algún arreglo para adquirirla, buen negocio por facilidad alquiler, dos veces al año a precio elevado que sabré mañana. 150 mil invierno (10 mil por verano). No creo, sin embargo, conseguir tanta rebaja. Tomo también por otro lado la responsabilidad de una compra a plazos, los impuestos, los gastos y falta de independencia que quizás me ocasionara; pero por otro lado la situación, tamaño, lugar, construcción y hasta muebles llenan enteramente mi deseo. Al entrar haré cuentas. Pensé un momento proyecto nuevo libro antes de emprender la biografía que tanto me desanima a ratos.

La Historia de Pedro el Grande de Kluschewsky. Hablando con Lydia sobre Eugenio d'Ors y su tesis del barroco por la discusión de que hablan en *Nouvelles Littéraires*. Comida mala y con apetito en el *tea-room*.

Domingo 13

Trabajado esta mañana traduciendo los cuentos de Miomandre. Pierden mucho traducidos. Después del baño vino M. Morlay, la invité a tomar *cocktail* en La Reserve. Sin comprender por qué (solo tomé un *cocktail* y medio) tuve una "*cuite*" formidable. No almorcé. Fui a casa de M. Adamson y M. Morlay me cuidó muy bien. Me sentía morir, la 2a. vez ya con el día en casa de María. Debía

haber algún alcohol malo o una mezcla endiablada. Perdí la tarde totalmente y estoy todavía cansada.

Jueves 17

Antier viajé a Jean-les-Pins: mala impresión, tarde aburrida y perdida. Ayer con día agradable y bien aprovechado, por la tarde fui a pie hasta St. Jean: la villa Cantarella queda cerca, fui a visitarla de nuevo y conversé con la criada. Hoy jueves escribí cartas en la mañana y por la tarde fui a Cannes a ver a Evelyn Duffant con quien visité algunas villas. No me gustaron nada, Cannes tampoco. Evelyn me pareció demasiado intranquila, demasiado *traits d'esprit* delante del enamorado. Me cansó. Sentí gran alivio cuando arrancó el tren y me quedé por fin sola en el vagón con mi libro. ¡Qué razón tenía Emilia! ¡Qué fastidiosa es la gente!

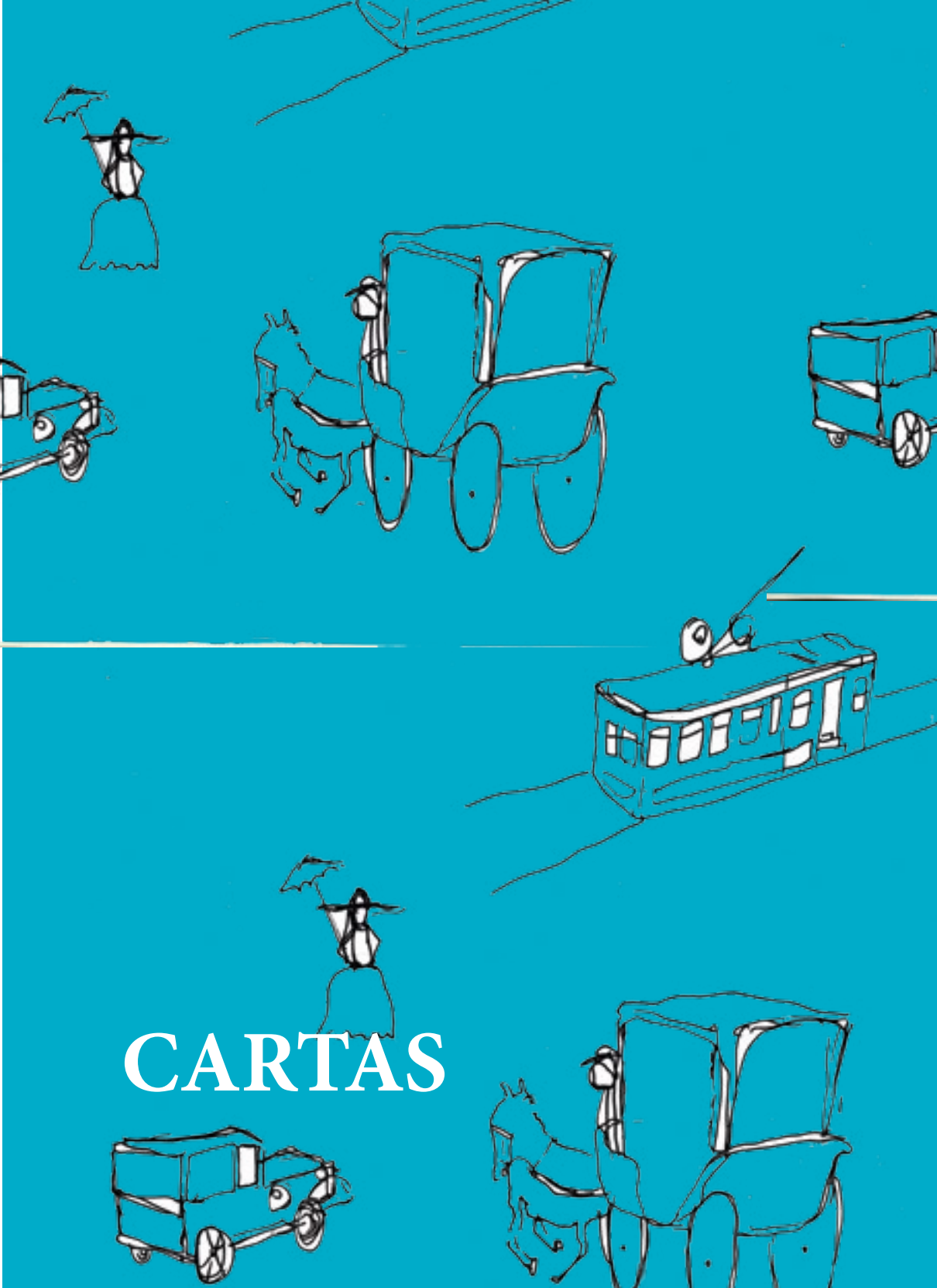
Domingo 27

El viernes después de escribir y dormirme profundamente sentí algo raro como si me despertaran. Encendí, me levanté a beber agua y volví a acostarme y apagué, sintiendo siempre la sensación de ese algo raro. Cerré los ojos para dormir y al abrirlos en la media oscuridad (había mucha luna y tenía la ventana abierta) vi un reflejo muy grande sobre la cómoda. Pensé: es la luna que se refleja en el espejo de plata que está sobre la cómoda. Un momento después la luz (grande y muy clara) se apagó encima de la cómoda y se fue a encender en un rincón de la pared donde no parecía posible que pudiera ser reflejo venido del exterior. Estuvo así como diez minutos. Eran las doce de la noche. No tenía miedo y dije mentalmente: Emilia, si eres tú, demuéstramelo de algún modo: que se apague la luz por ejemplo. Y la luz se fue. Creo que era esto una contestación a lo que había reflexionado en la tarde acerca de mis lecturas sobre la inmortalidad del alma y mis dudas de siempre presentes a pesar de tantas pruebas. Fui ayer a la iglesia y recé, pero hoy domingo me he ido a misa. Tomo hoy la resolución de hacerlo con fe en obsequio del alma de Emilia que por sí misma me ha hecho decir "recen" con una imploración tan honda y tan triste.

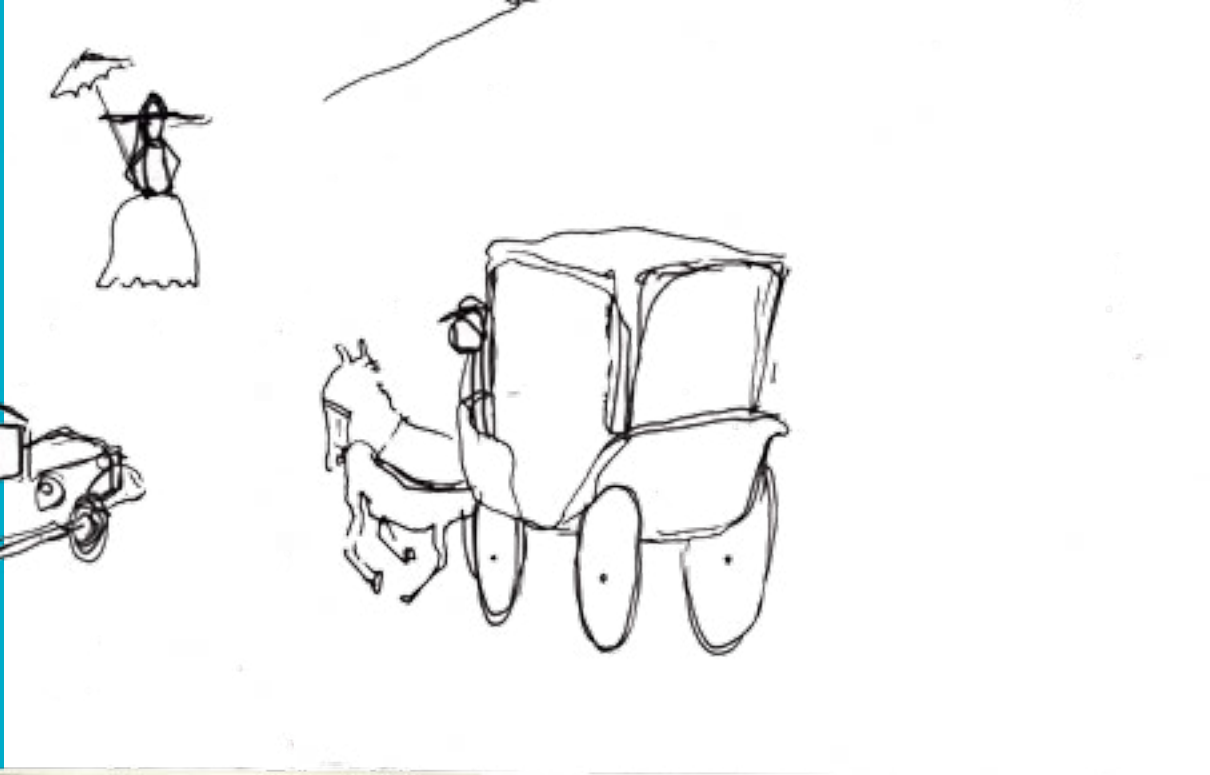
Escribí esto a Lydia ayer con muchos detalles aunque le hablé de esta resolución de ir regularmente a misa. Al llegar a París haré decir 30 en algún lugar cercano e iré a oírlas.

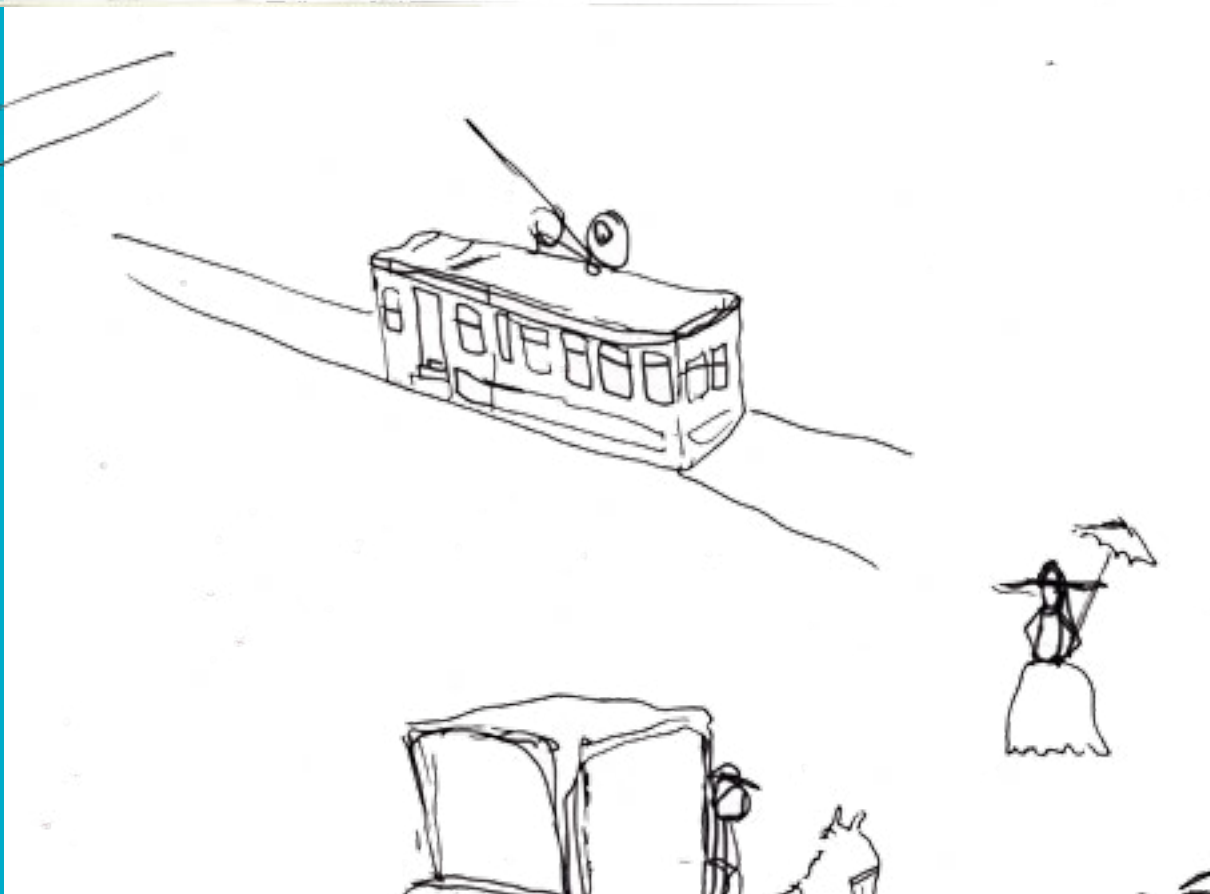
Enero 1°, 1936 Fuenfría (Madrid) Temp. 38,5

Empezado mal el año. Comida de gala con cupletista, baile. Desolador como toda fiesta de sanatorio. Se piensa en los condenados que ha de liquidar el año. No podía quitar la vista de Margarita que tiene tan buena cara a pesar de su estado (pulmones deshechos). Mirando me pareció de los condenados. Tuve que subir a mi cuarto antes de las doce por sentir los dolores que me martirizan desde hace dos meses y que ha agravado mi mal "nervioso", no me dan régimen ni tratamiento. Tomo el atropol de C... que me produce una intoxicación completa con fiebre y paralización de todas las funciones vegetativas, ¡una verdadera barbaridad de pretender que enferma como estoy me trate con drogas! Paso un día de un malestar horrible, no obstante, él, no quiere convenir en que debo prescindir del "atropol" por pique de amor propio. ¿Cómo poder fiarse en general de los médicos? El punto de vista personal que sostienen pasa antes que la salud del enfermo. Cuando no son unos *fripouilles* explotadores como el Soulas de París. En vista de mi estado y del estado de la comida que nos hace vivir en ayuno completo decidimos Lydia y yo activar la instalación en Madrid. Yo no creo en la necesidad del clima de montaña. Si voy a Madrid haré reposo integral sin salir a la calle hasta aclimatarme. Creo indispensable para mi restablecimiento comida de régimen con buena cocinera y buena dirección. Telegramas felicitación Paulette e Isabelita. Pasé el día sin hacer nada de provecho, ni notas ni lecturas. Termino, sin embargo, primer tomo ha. rev. que no me gusta. Prefiero Michelet. Comienzo la Sta. Teresa de B... y C...



CARTAS





A Gonzalo Zaldumbide

Abril, 22 de 1928

Lillo querido: Recibí tu cable donde me das cuenta de mi carta de a bordo del *Orieta* y al cual no he contestado aún, queriéndote dar alguna noticia importante, quizás sea pronto.

Me encuentro sola y triste, amor mío. Elia, mi hermana, se ha ido a una casa de campo que tienen cerca de Caracas, por enfermedad de uno de los chiquitos y aunque pasa el día entero conmigo, se va en la tarde a las cinco y me quedo sola. Como quiero evitar las visitas, que podrían serme molestas o comprometerme, digo a todos que estoy sola con ella, cierro la puerta y me quedo en la casa desierta con dos de las sirvientas. Esto me deja en reposo, pero tengo ratos de tristeza negra. Hoy todo el día has estado en mi pensamiento. No ceso de pensar de qué distinta manera te quiero, de lo que te quería cuando vine a Caracas hace cuatro años. ¡Cuánto, pero qué mal te quería entonces! Cuán *nouveau riche* del amor era. Ahora lo que me da mayor gusto es pensar que en el tumulto de personas que he visto pasar en todo este tiempo no hay nadie con quien pueda establecer, ni por asomo, el acuerdo que tengo establecido contigo. Te soy fiel por impotencia como una vieja de 75 años, el amor con su inquietud de ansias y celos se ha extinguido en mí. Estoy *blasé*, Lillo, en Caracas no me atraen ni el deseo de gustar, los elogios me aburren mortalmente.....
huyo como de la peste de las invitaciones que a más de aburrirme, me distraen el pensamiento que necesito tener libre de preocupaciones. Tengo aquí mucho prestigio de seriedad y lo cuido con celo extremado. Esto me hace aparecer orgullosa y no creo gozar de muchas simpatías entre el elemento masculino que me ha abordado. Pero, mejor así: de los dos escollos es el menos malo. Las mujeres me rinden culto, entusiasmo frenético de todas. Salvo dos o tres, las demás me adoran: respiran por la herida. He visto también con mucho gusto que mis dos hermanos disfrutan de una reputación sólida de muchachos intachables. Como te digo me han parecido muy inteligentes y simpáticos, nos queremos mucho, es una gran novedad. ¿Cómo estarás tú? En otro plan

quizás, pero con el mismo *dégout* dentro del alma, como si lo viera. Cómo ya has de sentir algo teatral en los homenajes que te hagan. ¿Cuándo llegará el día de enviar al diablo literatos y políticos para vivir mansamente, dulcemente, en esa patria doble que sería nuestro matrimonio en Francia? ¿Cómo andarán las cosas por tu lado? A veces me decepciono, luego vuelvo a reaccionar. Al diablo mandaría todos estos proyectos si no me sostuvieras tú. Para mí sola me basta con lo que tenía, con lo que tendré si no tengo éxito. Contigo es otra cosa, todo me parece poco, todo inseguro. Hay maternidad en mi cariño además de tantas otras cosas. Si tengo éxito, olvido a los Zeballos, Calderón y cuantos han trabajado en hacerme daño ¡qué me importan!

Te escribo cohibida. No sé si esta carta te hallará en Quito. Aquí ha de hacer cuarentena. Adiós amor. Escríbeme hasta que te anuncie la partida por cable. Siempre a Carias. Fijaré viaje al terminar los asuntos. Será si o no con rapidez, lo espero.

Mil cariños.

TERESA

A Enrique Bernardo Núñez

París, noviembre de 1925.

Estimado amigo.

Al llegar a París recibí su carta, amable y gentil, que leí con verdadero placer; mucho me alegro de cuanto en ella me dice; y le doy las gracias por sus datos.

Espero que habrá visto ya en *El Nuevo Tiempo* el primer capítulo de mi nuevo librito que también remite al *Universal*.

Veo que la situación *Ifigenia* en Bogotá está "brava" vale decir muy divertida. Recibí, aunque muy tarde, un folleto, chabacano, pero graciosísimo; ¿quién es ese Carlos de Villena?, que trata a María Eugenia Alonso con una furia ingenua, como si ni por un segundo se tratase de una ficción, a pesar repito de la chabacanería a mí me ha producido una sensación exquisita, es el comentario vivo y palpitante de nuestras ciudades pequeñas: María Eugenia Alonso viva pasa por la calle, Carlos de Villena detenido, en la esquina al mirar que se aleja la ataca esgrimiendo como energúmeno, naturalmente la moral; pero tal furia no es en el fondo sino la exasperación del deseo ante la mujer bonita, coqueta e inaccesible: en resumen es el homenaje más sincero y menos incómodo que puede recibir una mujer: imagínese usted la furia moralista de Carlos de Villena encauzada por su camino normal y vuelta furia de amor con declaraciones y reclamaciones; ¡qué fastidio para la paciente! A lo mejor Villena es un ungido cura o sacerdote, pero en todo caso es un sátiro. De ser persona decente y de ser el folleto menos chabacano se prestaría a una respuesta divertidísima de parte de la propia María Eugenia Alonso. Yo que soy en la vida corriente la persona de la paz (me dejo engañar, maltratar o robar con tal de no oír, ni decir una palabra agria), soy muy pica-pleito; cuando se trata de escribir yo misma no me reconozco. Quizás de los pleitos sea la voz lo que me encoge y asusta. Al tener conocimiento del folleto, sin haberlo leído escribí a Arciniegas una carta que no me resolví a enviar, después desarmada por la chabacanería del escrito. Creo que voy siempre a remitírsela a fin de que la publique o no, según quien sea el autor del folleto.

He terminado ya con honra mis "memorias de mamá Blanca". Las he escrito con cariño y están materialmente muy de acuerdo con mi gusto actual por lo cual les profeso gran afecto. No creo que tengan el escrito de *Ifigenia* porque ni es propiamente una novela ni se presta a discusión. Veremos cuánto tardan ahora en editarla las tortugas de los editores. Si el libro gusta seguiré en la serie, puesto que termina la obra al cumplir "mamá Blanca" siete años.

Deseándole mucha felicidad y que le vaya muy bien con mis mejores recuerdos para los suyos soy su affma.

TERESA

Saludos a De la Rosa.

París, noviembre 26.

Muy estimado amigo.

He recibido su carta y el anuncio de su *Cubagua* que espero con mucha impaciencia. El otro día hablé por teléfono con López y me ofreció mandármelo al estar listo.

Ya estoy por fin en París desde hace un mes leyendo de Bolívar y de Venezuela. Pero no me resultan esos libros de allá con este cielo tan gris y este campo metido en agua. Sufro de claustrofobia. Quisiera como Simón Rodríguez, irme a pie por el trópico, con los libros y una hamaca a recibir aire, a ver los árboles, el mar azul, los negros, los indios, y los criollos blancos no europeizados; qué simpáticos son los criollos, con cultura criolla sin pretensiones de elegancia parisiense.

El viaje a Colombia me hizo mucho bien porque vi la colonia y quisiera ir a buscarla ahora a Venezuela. En Bogotá lo recordé mucho y comprendí sus quejas y su situación difícil. También lo recordé en la Quinta Bolívar que es realmente un encanto. Después del viaje he recordado con verdadero cariño aquellos días tan cortos y tan íntimos pasados con ustedes y los Austria en Panamá. Me hicieron el ambiente caraqueño que yo quiero tanto y que me hace tanto bien al espíritu. Don Pepe Austria es el tipo del gran señor criollo

y me recuerda siempre el de un tío que quiero mucho. Dele muchos saludos de mi parte, dígale que no olvido nunca mi fiesta en la Legación con bandera venezolana desplegada, dígale que conservo siempre su boquilla. No olvido la comida en Miramar donde hablamos o, mejor dicho, hablaron ustedes de Boyacá. Allá estuve y me conmoví como en Santa Marta. Dígale a Don Pepe que me mande si le es posible el folleto que escribió él sobre Boyacá que interesaría ahora mucho.

Me figuro que estará usted contento y trabajando bien en su casita de campo frente al mar; cuánto se las envidio en este día de hoy triste, oscuro y frío con los pobres árboles desnudos! A ustedes mil recuerdos. Dígale que esta carta es también para ella. Lo mismo a los Austria y para usted el cariño muy sincero de su afectísima

TERESA

A Don Miguel de Unamuno [1]

Es a Usted, mi estimado amigo y maestro, a quien debo, más que a nadie, la satisfacción íntima y serena, depurada de toda vanidad, de haber escrito un libro.

Cuando lo conocí y le dediqué mi novela en el almuerzo literario de hace algunas semanas, pensé que no iba usted a leer ni una de sus 520 páginas. Es verdad que con acento austero y patriarcal de abuelo vasco, había demostrado interesarse muy vivamente por su raza española de más allá del mar. Habló de ella con pasión, como si hablara de su propia ascendencia, "verdadera resurrección de la carne", explicó Usted. Pero también es cierto que luego, con el mismo acento austero de abuelo vasco, y con aire además muy despectivo, habló de las personas superficiales, de las mujeres cuya única ocupación es el vestir, y de todos aquellos que confunden lamentablemente el modernismo o moda con la verdadera elegancia: la escultórica, la que reside en el ademán y en el esqueleto, como la del Esopo de Velásquez en sus harapos, o como la de Ulises al presentarse desnudo ante Nausica. Deduje que mal podía encontrar gracia ante sus ojos una novela, cuyo órgano directo de expresión, como el teclado en un piano, era casi todo el tiempo la preocupación de la elegancia, no la escultórica, sino la otra, la de la equivocación lamentable, la del modernismo o moda. Y me fui convencida de que novela y autora habían de parecerles igualmente triviales e indignas de atención.

Grandísima fue mi sorpresa el otro día, cuando al entrar en un recinto oí que hablaba Usted de "Ifigenia" ante numeroso auditorio: ¡Ya estaba leído! ¡Y con lujo de pormenores anotado! La analizaba Ud. detalle por detalle, sin entusiasmos ni elogios, sino con esa paciente curiosidad con que examina el naturalista un insecto del campo o la flor silvestre que por primera vez ha llamado su atención. Mi presencia no alteró ni un ápice el hilo de su conversación, y siguió detallando el libro como si entre la autora y la recién llegada no existiese el menor lazo común. Yo sentí al instante el milagro del desdoblamiento, me hice también auditorio, y por primera vez, encantada, libre de censura y de elogios directos, sin asomos de vanidad, tuve la sensación noble y reconfortante de "haber escrito".

1. Publicada en *El Universal* del domingo 19 de diciembre de 1926. (Carta escrita en julio de 1925).

Quiero darle las gracias por el milagro de desdoblamiento, quiero dárselas por el juicio escrito, pero quiero dárselas sobre todo por estas 4 páginas que recibí anteayer, apretadas notas, hechas con lápiz al calor de la lectura. ¡Cuántas son y qué llenas están de vida!

Los elogios son sobrios, solo dicen indicando página y párrafo "Bien" "Muy bien" y algunas veces "¡Muy bien!" sin dar razones, lo cual es una forma de generosidad, porque mi imaginación puede elegir lo que más le agrade, y en ratos de fecundo optimismo, forjarlas y elegirlas todas.

Las objeciones son mucho menos lacónicas. Como algunas de ellas terminan en un punto de interrogación, me persiguen sin cesar con su voz de pregunta. Yo quisiera acallarlas, pero ellas no se avienen al silencio. Necesito pues contestar algunas de las que tengan a mi entender contestación o sea defensa, porque hay otras, lo confieso, que al igual de la Esfinge, se quedarán interrogando eternamente.

Copio pues las escogidas, bajo el párrafo aludido, y con el número correspondiente de la página tal cual Ud. lo ha hecho, voy contestando:

Pág. 52 y 53. "... tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís...". Yo no creo que la piedad de Gregoria fuese precisamente franciscana, ¿o es que se refiere Ud., entonces a ese San Francisco elegantizado por una leyenda turbia?

—Me es difícil saber cuál es mi San Francisco, Don Miguel ¡he visto pasar tantos! Al primero lo recuerdo entre las nieblas sonrosadas y confusas de mi primera infancia, cuando aún no sabía leer. Lo conocí en una oleografía presidiendo la hospitalidad de cierta casa amiga, sobre el portón cerrado del zaguán o vestíbulo, tal cual acostumbraba hacerse allá en Caracas. Era como el portero complaciente y mudo de aquella casa. Yo solía contemplarlo a mi sabor mientras venían a abrir. Lo representaba la oleografía, abrazando al Crucificado, con las estigmas que despedían cinco rayos y el globo del mundo bajo sus pies. Este primer San Francisco portero, si bien me entretuvo a ratos, no encendió jamás mi cariño ni mi admiración. Tal vez porque mis ojos recién abiertos a la vida juzgaban a las personas según las apariencias, y aquel pobre capuchino de sandalias y cerquillo, tan semejante a cualquier contemporáneo, tan inferior al dulce Crucificado, no podía evocar el prestigio del pasado ni el esplendor augusto del cielo. Desde entonces, han seguido desfilando ante mi vista diversos San Franciscos, en cuadros, esculturas, sermones y versos decadentes, hasta

conocerlo por fin, descrito por Jórgensen y por la Pardo Bazán. Estos dos autores despertaron definitivamente mi admiración y mi ternura por el santo tal cual si le hubiera visto en su dulce andar sobre la tierra hablando y sonriendo. ¿Será este por fin el verdadero?... Confieso que no he leído aún el San Francisco de Sabatier y que no conozco el texto entero de "Las Florecillas". En todo caso, el San Francisco a que aludo en mi novela es aquel suave y descalzo hermano de todo cuanto existe; el que llegó a cantar a "la hermana muerte", el que a fuerza de amar toda pobreza, amó en el Hermano Junípero la miseria fragante de su inteligencia, y el que de haber conocido a mi vieja lavandera, pobre, negra y fea, en vista de la humildad alegre de su espíritu, no hubiese titubeado en llamarla también: "Hermana Gregoria".

Pág. 111. "... abuso y soberbia de la inteligencia...". ¿Y qué me dice Ud. del abuso y soberbia de la tontería?

—Pero es que Tío Pancho no parangona aquí la inteligencia con la tontería, sino que la parangona con las luces naturales del instinto a los que juzga superiores y mucho más amables. Yo considero que la tontería no es ininteligencia, sino debilidad de inteligencia, con desorden comunicativo en las ideas y gran facilidad de palabra para manifestarlo. Me parece como Ud. que el tonto es con frecuencia más funesto que el torpe, y creo que ambos son más incómodos que el bruto con lo cual vuelvo a caer en las mismas ideas que expresaba Tío Pancho.

Pág. 113. "... La gran armonía del Universo basada en la resignación completa de las víctimas...". ¿Y esa resignación no es a veces el divino desprecio hacia el tirano?

—¡Cierto! Yo también pienso que en toda resignación y en todo sacrificio hay un divino desprecio hacia alguien o hacia algo, un divino desprecio inactivo, que no pide venganza ni espera justicia, y que duerme tranquilo con el dulce sueño de la serenidad.

Pág. 47. "... Las monjas acaban por olvidarse de sí mismas a fuerza de no mirarse (bella expresión) en los espejos...". Como uno se olvida de sí mismo, Teresa, desdoblándose y vaciándose, es a fuerza de mirarse en el espejo. ¿El espejo nos da acaso nuestro fondo?

—No. Pero recuerdo que María Eugenia Alonso no hablaba aquí del alma. Hablaba del rostro de la apariencia exterior. Era la belleza física de su amiga

Mercedes Galindo, a la que ella aludía. Y de esa, con sus caprichosas alternativas y dolorosas decadencias, solo nos habla el espejo, o las espontáneas manifestaciones ajenas que también vienen de otro espejo: los ojos.

Pág. 149. "... la mentira, dulce hermana de la paz...". ¿La verdad, entonces, hermana de la guerra?

—¡Sí; sí; yo creo mil veces que sí, aunque Ud. no lo apruebe! Perdóneme esta insubordinación agravada y aparente cinismo. Pero los que tenemos el espíritu orientado hacia la verdad, no tanto por virtud, como por un natural indolente, distraído o falto de imaginación, conocemos las amarguras de guerras encendidas, por verdades imprudentes que podíamos muy bien haber dejado dormir en la penumbra. Esto desde el punto de vista de egoísmo o conveniencia. Desde otro punto de vista, el de la piedad y altruismo, considero que la verdad, desencadenada en nuestra boca, puede producir heridas tan dolorosas, crueles e inútiles como las que producen fusiles y cañones en tiempo de guerra. Creo en suma, que si al conocimiento de la verdad debemos algunos instantes de exaltada satisfacción, es el de su perpetua ignorancia quien nos concede en cambio el feliz aprecio de nosotros mismos y la cordial consecuencia que de ello resulta: estar siempre de acuerdo con nuestra propia persona y con todas aquellas otras que acompañándonos en la vida nos la siembran de flores, porque también aprendieron a venerar, discreta y bondadosamente, dicha afable ignorancia.

Pág. 259. ¿Por qué no publica Ud. más versos?

—Porque solo he hecho en toda mi vida, a costa de mucho esfuerzo, dos o tres poesías que juzgo bastante mediocres. Yo creo que en el fondo de casi toda poesía lírica hay un impudor de alma que se desnuda, y el impudor necesita gran pureza de forma, a fin de no exponerse a ser reprochable o a ser cómico.

Pág..... "... el único objeto de la fe es la esperanza...". La aparente irreligiosidad de la pobre señorita que escribió porque se fastidiaba, es una forma de religiosidad y nada me extrañaría que María Eugenia Alonso acabara en devota, ya que no en mística, y mucho menos en asceta. Su verdadera tragedia está expresada allí, en su sed de inmortalidad, si no en el sentido católico y judaico, en el otro en que ya le he hablado: el helénico y platónico. ¿Es por eso por lo que escribió y no por fastidio? ¿Por qué no escribió Ud. "hastío" que es más castellano y más enérgico?

—El título primitivo de mi novela era: "Ifigenia" y como subtítulo: "Diario de una señorita que se aburre". Antes de terminar el libro, se publicaron

unos fragmentos encabezados tan solo con el subtítulo. Debía anunciarse la aparición de los fragmentos, y para ello, antes de remitir mi manuscrito, di el título de viva voz para el anuncio. Publicaron por error: que "se fastidia" en lugar de que "se aburre", y yo no corregí, en parte por inercia o acuerdo con lo ya establecido, en parte también porque la substitución me advertía que si la palabra "fastidio" era menos precisa, resultaba en cambio más espontánea o natural dentro del léxico venezolano. La acepté pues como un venezolanismo, y corregí el libro de acuerdo con el nuevo título. No creía entonces que mi novela fuese más allá de Venezuela. Pero estoy muy de acuerdo con Ud.: en español de España, en castellano, la palabra "fastidio" que tiene otras acepciones no expresa de una manera precisa la idea del hastío. Muchísimo me complace el comprobar que prescindiendo de tantas otras, es esta la única objeción que me hace Ud. en cuanto a léxico ¡esta misma que mi oído me advirtió muy a tiempo! Y digo mi oído, Don Miguel, porque es en él donde la analogía, la sintaxis, la retórica, el diccionario de galicismos, y aun el de la Academia, han tejido al azar su caprichoso nido, sin colaboración ninguna de mi parte, tal cual las aves del cielo y como Dios les ha dado a entender. Desde allí promulgan leyes que yo no me esfuerzo en recopilar y que un travieso espíritu tan propicio a las artes como rebelde a las ciencias me obliga de continuo a obedecer. Yo escucho atolondradamente sus locas insinuaciones, con ellas por todo bagaje me voy a escribir y me consuelo de tal pobreza pensando que esa agradable virtud la de humillar así la inteligencia, que su soberbia puede expiarse con terrible pena de pedantería, y es servidumbre caer bajo su dictadura, ya que nunca fue ella, sino nuestra madre la necesidad y nuestro buen hermano el uso, los autores de toda gracia y toda naturalidad...

"Y ahora un consejo: No se preocupe de lo que digan, ni dejen de decir de su libro; recójase en sí; tire el espejo, Teresa..."

—¡Recogerse en sí! No sabe qué de acuerdo estoy con ese paternal consejo, que me he dado a mí misma tantas veces, sin obtener como resultado sino la tristeza, el remordimiento y la humillación de no haberlo seguido nunca. Y si como Ud. tanto aprecio el recogimiento, no es porque el trato con mi propia persona me parezca especialmente interesante, sino porque es en la soledad del alma donde suele visitarnos, con sus rostros más amables y sonrientes, las imágenes de nuestros semejantes. Allí entablan alegres y amenísimas tertulias en

donde las palabras corren libremente, sin que las emponzoñe el deseo de brillar ni las cohíba el temor de resultar indiscretas. En cuanto al espejo, créame: el culto diario que le rindo por rutina y sin asomos de fe, está cruelmente castigado por aquella aridez espiritual de que hablan los místicos: ausencia de la divina gracia por tibieza en el fervor. Creo que el espejo, no solamente nos vacía o nos desdobla como Ud. bien dice, sino que nos multiplica además hasta lo infinito en partículas tan insignificantes, que las vamos perdiendo como alfileres, por salones, *dancings* y casinos, sin que nos sea posible volver a encontrarlas nunca. Prueba de mi poco fervor al espejo, Don Miguel, es que muchas, muchas veces, mirando desfilar maniquíes en las exposiciones de las casas de moda, mientras mis pobres ojos se entornan, agobiados por todas las zozobras de la indecisión y de los precios inabordables, sorprendo de pronto a mi espíritu, que furtivamente, sin más traje que sus dos alas de nostalgia, se ha ido volando, camino de aquella otra exposición que Ud. conoce muy bien: la que se extiende a orillas del Sena desde el Quai de la Tournelle, al Quai d'Orsay, la que bajo el cielo, la lluvia y el sol, abre a todos los ojos sus generosos cajones, la tan amable de aspectos como afable de precio: la exposición de libreros de lance ¡vieja amiga llena de regalos y de ricas sorpresas a quien siempre tengo presente y a quien nunca voy a ver!... No, yo no hubiera inventado el espejo. Si como Narciso me ahogo todos los días en su insípida atracción, no es por convencimiento, créalo; es por arraigada tontería, por obstinado espíritu de asociación, por inercia de hoja seca, que corre, salta y se destroza sobre la corriente con apariencia de inmenso regocijo; es, en una palabra, por esta cómoda mentalidad de carnero que nos conduce por la vida a hombres y a mujeres, en plácidos y apretadísimos rebaños. De todo lo cual deduzco que no debemos engreírnos ni despreciarnos demasiado por nuestras propias acciones, ya que como opinaba el buen abate Coignard: viles o nobles no son enteramente nuestras, las recibimos de todas las manos y casi nunca las merecemos.

Esperando que tendré el gusto de verlo pasado mañana, y que sabré entonces lo que piensa de esta última herejía lo saludo con todo mi cariño, y mi gran devoción.

TERESA DE LA PARRA

Al Dr. Luis Zea Uribe

Abril 3 de 1932

Mi querido Zea:

Recibí sus dos cartas en París, hacia el mes de diciembre: me gustaron tanto como de costumbre, más que de costumbre. Esperaba un rato de intimidad para escribirle largo y contarle muchas cosas, cuando acontecimientos que no esperaba y que han cambiado enteramente mi género de vida, me han dejado sin escribirle hasta hoy. Pero no lo he olvidado; al contrario, en mi nueva vida lo recuerdo mucho y lo quiero aún más que antes. Aquí hay lugar y tiempo para sentir que se quiere. En las grandes ciudades (aunque sea París), no se sabe de sí mismo.

Estoy, como ve, en Leysin, en este Grand Hotel que tal vez usted conozca: es un sanatorio de tuberculosos. Estoy enferma, querido Zea. Tengo una lesión en el pulmón derecho. Parece ser que mi estado no es grave y que me curaré si me someto al régimen y no regreso a la *plaine*, como dicen aquí, hasta no estar curada y sobrecurada, tiempo de prueba.

Yo estoy encantada de someterme a todo porque mi estado moral es excelente: un verdadero estado de gracia; nunca he sentido tan intensamente la dulzura de vivir. Y es que vivo dentro de la resignación; es lo que nos hace falta quizá cuando nos agitamos allá abajo en la *plaine*: renunciar a la voluntad y a los deseos. Sé de antemano que esta enfermedad es pérfida, sé cómo se engaña a los enfermos; sin embargo, desde el principio he estado de acuerdo con todo cuanto pueda venir: el dolor, la muerte, la salud. Mi vida es suave y feliz a pesar de que estoy presa, bloqueada entre la nieve, todo el día en cama, ante el balcón abierto de par en par.

Cuando le escribí de Beaulieu y le mandé mi retrato, ya estaba enferma, pero ni yo ni nadie lo sospechaba. Como sé que me quiere y que además por su profesión de médico le interesará mi caso, voy a contárselo.

Desde el año pasado, a los seis o siete meses de llegar de Colombia, comencé a adelgazarme sin razón aparente, sentía un infinito cansancio moral, un gran desgano de vivir, pero nada que me afectara físicamente. Me hice ver por un buen profesor especialista del hígado y del estómago, quien creyó en una

apendicitis y me sometió a un régimen. Me sentí mejor. Llegó el verano y me mandó a vivir al sol y al aire libre. Yo compartí mi tiempo entre La Baule, playa de Bretaña en donde estuve con mi madre, y en donde como niño aprendía a montar en bicicleta y corría en ella al sol en traje de baño por la playa, que era inmensa. Esto me divertía mucho y en esto me pasaba tarde y mañana a pesar de la desaprobación de mi pobre mamá. Cuando acababa de hacer ejercicio me ponía a fumar. En agosto me fui a la Côte d'Azur con una amiga cubana a quien quiero mucho y quien lo quiere mucho a usted por haber sido su colaborador en la nueva dirección de mi espíritu. En la Côte d'Azur, que adoro por su clima y porque se parece al trópico, seguí tomando baños de sol y baños de mar.

Cuando llegué a Neuilly me propuse hacer una vida higiénica que estuviese de acuerdo con la vida interior, y contra viento y marea (invitaciones, telefonazos, etc.), me levantaba temprano y caminaba tres cuartos de hora haciendo ejercicios respiratorios. Pero seguía adelgazándome. Empecé a sentir trastornos en la circulación. Un día me di cuenta de que tenía la mano izquierda llena de verruguitas que se pusieron a crecer. Volví a casa del profesor, quien encontró muy bien todos mis órganos. Siguió pasando el tiempo, las verruguitas aumentaban y crecían. Un día fui por casualidad a casa de un especialista de la piel acompañando a una amiga, y se me ocurrió mostrarle mi mano (me había dicho ya el primer médico que eran fenómenos sin importancia). Al verla me dijo el especialista lo contrario: que su experiencia le había demostrado que esas verruguitas (rarísimas) eran, por lo general, una reacción del organismo contra la tuberculosis. Volví a casa de mi profesor con este diagnóstico y volvió a decirme, después de auscultarme, que estuviese tranquila, que no tenía nada. Pero mi pobre organismo, tan noble, siguió avisando. Comencé a tener furúnculos, cosas que no conocía. Con este motivo me observé la temperatura y vi que tenía fiebre. Le atribuyeron la fiebre a los furúnculos, y la tos, que aumentaba, al cigarrillo. Siguió pasando el tiempo; había disminuido ya trece kilos desde mi llegada de Colombia; estábamos ya en febrero; habían pasado tres meses desde los primeros avisos, pero, como mi estado general era bueno, aunque preocupada (me angustiaba el fantasma del cáncer, al que siempre he tenido horror), seguí haciendo mi vida corriente, hasta que un día sentí dolor en la espalda. Volví alarmada a casa de mi doctor y le dije que quería una radiografía. Me mandó a hacerla "para complacerme". ¡Si viera la angustia del pobre cuando tuvo que

enseñármela! Cinco días después estaba en el tren, camino de Leysin... Y en Leysin estoy, querido Zea, haciendo la vida que ya le he descrito: cama, cama, cama, soledad, aire puro, nieve, montañas azules, libros, un aparato de radio, serenidad, resignación y, cosa que no conocía: una gran amistad conmigo misma.

Volví a leer sus cartas ¡con cuánto cariño! La manifestación luminosa de que me habla me ha conmovido mucho. En Beaulieu vi varias veces "la luz" que vino a visitarme. Aquí, en el mes de soledad que llevo, la he buscado mucho, pero nada he visto todavía. Tal vez la llevo dentro del alma y es esta paz infinita y dulcísima que me acompaña sin cesar. Me interesó mucho cuanto me cuenta de sus viajes en la Côte d'Azur. Mi ideal es comprar allá una villa a orillas del mar. Cuando estuve en Beaulieu este verano encontré una que era un amor, con su jardín, de estilo provenzal, con su garage, amueblada con muchísimo gusto dentro del estilo, asoleada y cerca del mar. Costaba trescientos mil francos. Yo la dejé "apartada" en imaginación por no tener el dinero.

Pero siento que algún día lo tendré y compraré la villa, que se llamará Cantarella. Está en pleno campo entre Beaulieu y el Cap Ferrat. Cuando esté convaleciente me iré a Cantarella y usted vendrá con su señora a quedarse conmigo algunos meses. Salúdela a ella mucho; dígale cuánto me interesa y dígale que también a ella la quiero por muchas razones, entre otras por lo feliz que lo ha hecho a usted.

Le mando esa fotografía de mi hotel para que vea la nieve que me rodea; ya se irá perdiendo, pues desde antier comenzó el buen tiempo. ¡Ya viene de veras la primavera! Si supiera con qué ansias la deseo: la humedad del deshielo y mi inmovilidad han favorecido mi tendencia al reumatismo.

No tema escribirme en máquina. No me hace mal efecto, al contrario; yo lo hago tan mal que me causa algo de admiración ver su corrección exterior e interior. Yo no escribo sino disparates ilegibles.

Escríbame cuando tenga un ratico. Salude mucho a todos los suyos sin olvidar a los amigos. Reciba, querido Zea, todo el cariño de su fiel amiga,

TERESA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 8

CUENTOS 10
- Historia de la Señorita Grano de Polvo bailarina del Sol 12
- El genio del pesacartas 16
- El ermitaño del reloj 20

DIARIOS 30
- Por el Lejano Oriente... El diario de una caraqueña (fragmentos) 32
- Diario de Bellevue - Fuenfría - Madrid 1931-1936 (fragmentos) 41

CARTAS 46
- A Gonzalo Zaldumbide 48
- A Enrique Bernardo Núñez 50
- A Don Miguel de Unamuno 53
- Al Dr. Luis Zea Uribe 59

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

@perroyranalibro
Editorial perro rana
Editorial el perro y la rana
perroyranalibro
Editorial El perro y la rana

PUEBLO que lee
no come cuento

9 789801 431077

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

PuebloVictorioso